

Madrid, un mes. 1,50
Provincias, trimes e . . . 6,00
Extranjero y Ultramar,
n año. 60,00

Número suelto del día, 5 céntos.
Idem atrasado, 50 ídem.

El Eco Nacional

DIARIO POLITICO

En Madrid, en la Redacción y Administración, calle de la Biblioteca, núm. 9, bajo izquierda, dirigiéndose exclusivamente al Director propietario D. Guillermo Auñán.
En provincias en las principales librerías.
En París Jouaust et Sigaux editores.

AÑO VIII

MADRID,---Sábado 6 de Julio de 1889

Núm. 2.564

DOCUMENTOS PARLAMENTARIOS

DISCURSOS PRONUNCIADOS

POR EL

EXCMO. SR. D. CRISTINO MARTOS

EN LAS SESIONES DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS DE LOS DIAS 4 Y 5 DE JUNIO DE 1889

Dos palabras sobre Martos y sus discursos:

Martos se levanta.

Su actitud es noble y digna, sin arrogancia; la expresión de su rostro, serena y reposada; su mirada vaga; sus primeras palabras emitidas con solemne cadencia suman un ligero dejo de amargo desdén.

A las pocas frases, nos ofrece una nueva confirmación de que es el orador de siempre. Es la misma voz, sonora y armoniosa cuyo timbre solo puede compararse, por su pureza, a la vibración del acero.

Es la misma elocuencia fluida, castiza, cincelada, en que no huelga una palabra, ni se nota el menor rozamiento, ni la mas leve vacilación; correcta, elegante, con esa concisión que revela la concentración del pensamiento, tan adecuada para expresar las mas profundas concepciones del espíritu, con la claridad de un rayo de sol, como propia para comunicar los grandes movimientos del ánimo, ya lo agiten la encendida ira, el generoso entusiasmo, ya se mueva dulcemente al impulso de tiernos y delicados afectos. Es el mismo pensamiento vigoroso, profundo, flexible, realizando al manifestarse, la unión íntima de la armonía de la palabra material y de la armonía inmaterial de las ideas; el sublime ideal de la elocuencia.

¡Es Martos!

En verdad que los que temían ó esperaban la decadencia de sus facultades de orador, saben ya á qué atenerse, dado que los últimos incidentes parlamentarios, no desvanecían por completo sus dudas.

Por fortuna no ha decaído, antes por el contrario, el tiempo, que no ha entibiado sus ardientes convicciones democráticas, ha perfeccionado las maravillosas cualidades que debe á la naturaleza, varias cualidades que por singular acaso se encuentran reunidas en una personalidad y que por eso mismo hacen de Martos á la hora presente, el nuncio, el insustituible jefe de la democracia gubernamental.

Obras de arte, admirable por el orden y la armonía del conjunto; por la perfección de la forma y por la elevación del pensamiento, alma de la elocuencia, han sido los discursos que á continuación publicamos y sobre los cuales diremos poco, porque preferimos ofrecerlos íntegros á la admiración de nuestros amigos.

Bajo el punto de vista literario ha sido para todos un encanto; nada más hermoso que aquellos inspirados períodos esmaltados de frases esculturales, y que por su corte clásico, recordaban las más famosas oraciones de la antigüedad.

El orador ha obtenido uno de los mayores triunfos de su larga y brillante vida parlamentaria, en la que tantos cuenta. No ciertamente uno de esos triunfos ruidosos en que

cada frase arranca un aplauso; no, el carácter de sus oraciones no lo permitía; los tonos durísimos, las mayores audacias de lenguaje, aun atenuadas por el delicado aticismo, su celiéndose unas á otras con vertiginosa rapidez, sorprendieron el ánimo, por tal manera, que ni dejaban lugar al entusiasmo, ni siquiera á reponerse de la profunda emoción que despertaba.

A medida que la elocuente palabra salía de sus labios, la luz se iba haciendo y hombres, conducta, actos, situaciones, antes envueltos en calculadas obscuridades, aparecieron bajo su verdadero aspecto.

Con claridad se ve nacer esa miserable intriga, verdadera intriga, verdadera y única conjuración, urdida en la sombra contra la democracia, tegida por la envidia, por el miedo, por la desmedida ambición del poder y por todo ese linaje de malas pasiones que aleatan alrededor del Gobierno!

Como si una misteriosa evocación diera vida material á los hechos pasados, se ve á la rastrera calumnia comenzar su obra tenebrosa de difamación; el fondo de los reptiles la alimenta, la ingratitud le sirve, repugnantes complicidades le dan fuerza, porque nunca faltan al poderoso viles instrumentos de que disponer; se ve á la intriga tomar cuerpo, revestir la forma hipócrita de un conflicto político, y al fin estallar, terminando el brutal ultraje y el grosero motin. La obra que no se había atrevido á consumar la astucia y la perfidia.

La majestad del parlamento hollada, y la dignidad del presidente, escarnecida han sido cruelmente vengadas.

Después de esto, que ha sido para muchos una revelación, á nadie se le ocurrirá dudar acerca de á quien corresponde la nota de deslealtad y de traición.

La verdad queda restablecida, y el orador, descartado de esa impedimenta que le molestaba, y entorpecía sus movimientos oratorios.

Los ministeriales, que aun sintiéndose gravemente heridos ahogaban en el placer de la vida sus sufrimientos, se han alborozado demasiado pronto.

Ayer ha quedado hecho el juicio, con la severa imparcialidad con que lo hará mañana la historia, del atentado cometido contra el Parlamento por el Gobierno de S. M.; atentado que lo incapacita para el ejercicio del poder.

Ayer quedó también juzgada la política de ese gobierno; política insensata que representa uno de los mayores fracasos conocidos, que tiene como procedimiento la intriga y el maquiavelismo, como base la discordia, como fin único prolongar su vida ministerial.

¿Qué poderes públicos serán tan confiados que dejen en sus manos los intereses del país y sus propios intereses?

A. A. O.

DISCURSO DEL DÍA 4 DE JULIO 1889

SEÑORES DIPUTADOS:

Deploro la obligación en que me veo de intervenir en este grave, tristísimo é inexcusable debate al fin á hablar acerca de ellos, acerca de esos atentados, de ese escándalo, solo diré algunas brevisimas palabras por no parecer cobarde cuando quisiera ser generoso y olvidadizo.

No sé bien si debo ocuparme de esos hechos en si mismos, ó si debiera callar; pero decidiéndome al fin á hablar acerca de ellos, acerca de esos atentados, de ese escándalo, solo diré algunas brevisimas palabras por no parecer cobarde cuando quisiera ser generoso y olvidadizo.

Estando yo, en realidad, tan preocupado por lo que á todos importa, y tan despreocupado por lo que á mi solo y personalmente me pudiera interesar, he de decir que aquella escena, que recuerdo con horror y con amargura, digna, quizás, del pincel que pintó *La Entrada*

de los Bárbaros, para que quedara como recuerdo de aquella barbarie, (Rumores) de aquellos alaridos, de aquellas amenazas de manos y de bastones, de aquellas palabras provocativas, insultadoras é injuriosas, que apenas puede creerse llegaron á ser justas si hubiesen sido dirigidas á los mismos que las profirieron, (Rumores)... aquellos horrores, aquellas irreverencias, aquellos desacatos al parlamento, aquella coacción á la alta autoridad, que estaba vinculada en mi persona, aquel empeño en destituirme por el motin, aquella furiosa escitación que guiaba á los mas encolerizados, no bastantes en número para empuñar y comprometer el honor de esta dignísima mayoría, pero suficientes para producir un escandaloso, un vergonzoso, un criminal, un inaudito y nunca visto atentado, y todo aquello, viniendo de donde venía, no tan solo no podía ultrajarme á mí, sino que si siquiera afectar á sus propios autores.

¡Ah! señores Diputados, pensad os ruego, y esto será lo último, con referencia á la humildad de mi persona humilde siempre, mas humilde si se compara con los altos intereses que en aquella ocasión quedaron comprometidos y vulnerados; pensad, os ruego, en la situación en que se hubiera puesto á un hombre de honor que está ya pisando las fronteras de la vejez, que ha pasado su vida pública en gran parte, sirviendo la causa de sus ideas y los intereses de su país, y su vida privada en ganar honradamente su sustento con la labor diaria de su oficio, ejercido con provecho y

con honra, si aquí, en aquella tarde en que se realizaron aquellos hechos escandalosos, no hubieran estado las valerosas minorías monárquicas, mi amigo y correligionario el señor Cassola, mi amigo y correligionario el señor Gamazo, mi amigo el Sr. Romero Robledo, mi amigo el Sr. López Domínguez, mi enemigo entonces y generoso enemigo, Sr. Cánovas del Castillo, al cual, aunque yo le haya desagraviado á solas, reconociendo la falta que para con él cometí como amigo, en interés y pasión de ese Gobierno... (Rumores en las tribunas).

El señor Presidente: Orden en las tribunas. El Sr. Martos:.... no hubieran acudido á la defensa del principio parlamentario. Por que ante un atentado tal contra ese principio, no hubiese habido nadie en España, ni fuera de España, que hubiera podido creer que se había cometido sin protesta ninguna y con el asentimiento de todos; y viendo esto así, señores diputados, sin la defensa de que dejo hecho mérito, hubiera habido derecho á creer que no se trataba de un ataque al Parlamento, sino de un ataque al presidente de la Cámara, el cual, por lo tanto, había de ser tan indigna persona que delante de aquel acto de justicia cruel, pero de justicia al cabo, no fuese acreedor á que se formulase protesta ni reclamación de ninguna especie, reduciéndoseme entonces á mí, ó á vivir la vida de vergüenza á que estarían condenados los que tal pudieran merecer, como aparentemente lo hubiera merecido yo, ó á buscar aquel refugio que buscan siempre los desgraciados que se encuen-

tran sin razón en semejante circunstancia, que tienen que poner, como pone siempre todo el que á si mismo se estima, su vida propia por bajo de la dignidad, de la honra y de la vergüenza. (Muy bien, en las minorías monárquicas).

¡Ah, señores diputados! al agradecer desde el fondo del alma, como agradezco á todos los que, tomando la defensa del principio, tuvieron que tomar, naturalmente, la defensa de mi persona, aquello que hicieron, yo no quisiera que se mezclase con este sentimiento bueno, ningún otro sentimiento que no lo fuese; pero hablar es decir lo que se piensa y lo que se siente, y yo no puedo tener ausentes de mis labios, porque no los tengo de mi pensamiento, á aquellos antiguos amigos míos que debíendome todo lo que son, por poco que sean, mirando quizá en peligro mi vida, no me ampararon y no se unieron á aquellos diputados á quienes el Sr. Cánovas del Castillo manifestó que debían ampararme y contribuir á mi defensa personal, á los dignísimos diputados que seguían sus inspiraciones y que en estas circunstancias siguieron, sin duda, una alta y honrada y generosa inspiración, con muchísimo placer suyo, al Sr. Fernández Villaverde y al señor marqués de Mochales que allí debieron estrañarse de no encontrar á mi lado á esos amigos que yo digo, de los cuales tan solo he de manifestar, que si por acaso consultan á su conciencia, á esa conciencia les remito y á ella misma les entrego también, si por acaso no habiéndola consultado, ella en

cualquier ocasión les sorprendiese y les hablase.

Hoy como decía muy bien ayer el señor presidente del Consejo de ministros, hace mucho calor para oír discursos, y hace más calor aún para pronunciarlos; yo quisiera ser relativamente breve; pero yo no sé si lo seré; porque yo me voy derecho al corazón del asunto, y veo al Parlamento herido en su dignidad, afrentado en su prestigio, rota y desvenjada la mecánica del sistema representativo, de todo el sistema representativo, de la monarquía constitucional, la cual se compone del Rey y del Parlamento; y no sé yo que cuando se toca al Parlamento, cuando se afrenta al Parlamento, cuando se menoscaba la autoridad del Parlamento, no se atente también sin quererlo y sin saberlo, que este reconocimiento quiere hacer, a la autoridad completa de todo el régimen, dejando allá sembrados gérmenes de menosprecio, y por tanto de protesta, de rebelión y quizá de guerra, empeñándonos en un porvenir negro y preñado de dificultades, y perdonadme el recuerdo, cuando estaba aquel porvenir que recibimos nosotros a la muerte luctuosa del malogrado Rey, sembrado de cuidados, sí, pero de risueñas esperanzas. Y es lo grave, señores diputados, que jamás se ha visto cosa igual, que jamás se ha visto en país alguno, por más que ligeramente aquí y allí por algún diputado y por algunos ministros se haya afectado lo contrario; porque esos diputados no ven; porque esos ministros no quieren ver que este asunto que consideran punto menos que como despreciable ante la opinión, es en el tiempo, es desde ahora ya, el asunto más grave que puede preocupar el ánimo de los españoles; sobre todo de los españoles amantes de la libertad del régimen representativo; sobre todo de los españoles que creen en el fruto de la libertad de estos debates; sobre todo de los españoles que creen que para que el derecho a discutir subsista, que para que sus frutos se recojan, que para que el Parlamento viva, es preciso que tenga una gran autoridad y se tenga un gran respeto a aquel que dirige las discusiones de ese mismo Parlamento.

Pero, ¿cómo ha surgido este delito, este conjunto de delitos, según la tesis, que yo no voy aquí a plantear, ni a desenvolver, puesto que es una cuestión jurídica que con tan claro talento, con tan soberana posesión de la materia y tan elocuentes palabras, trató de demostrar, y demostró aquí, en medio de vuestros indignos extremecimientos, el Sr. Villaverde? Este delito, que tuvo por objeto impedir al presidente el ejercicio de sus funciones; la asonada aquí, en pleno Parlamento; toda esa serie de delitos, y amén de esos el superior a todos, el del atentado contra el régimen parlamentario, ¿cómo se ha formado, cómo ha nacido, de qué proviene? ¡Ah! Parece que estoy invitado, más que invitado, provocado a examinar los hechos y los antecedentes de esos mismos hechos, por las afirmaciones del señor presidente del Consejo de ministros, y allá irá, allá bajará, a esos hechos, y perdonadme el ilustre señor Cánovas del Castillo este plagio; allá bajará, porque yo discutí también con quien discutí (rumores); pero antes de todo, tengo que decir que por propia confesión, por honrosa confesión, excusada con la sinceridad, porque la sinceridad todo lo excusa, y antes es bien ser sincero en la confesión de los hechos más vituperables, más graves y más críminosos, que defenderse tras de los disfraces de la hipocresía, el señor presidente del Consejo de ministros, valerosamente, con un valor inaudito, ha dicho que el Consejo de ministros, asociado a más señores, porque la cosa era grave y no bastaba con una Sala, acordó un acto de descortesía, un acto de irreverencia; porque si hubiera sido descortesía tan sólo tratándose de toda otra persona que no fuese yo, era irreverencia, era desacato, tratándose del Presidente del Congreso, el cual, sin duda, no tan sólo es autoridad aquí, sino que es la sola autoridad que aquí existe. Aquí no puede funcionar autoridad ninguna sin la venia, sin el asentimiento y en alguna manera sin delegación y sin la orden del presidente del Congreso.

¿Cabe más autoridad que ésta?

¿Es posible oír con paciencia disquisiciones sofisticadas de cualquier letrado que venga a comparar esa autoridad con la de un agente de orden público, con la de un sereno, y ni siquiera aquí con la de un ministro de la Corona?

Por consiguiente, en los elementos más vulgares del derecho penal, así como en la conciencia y en la calidad de los actos está su carácter criminoso, y la residencia y la responsabilidad están en las almas libres; en aquella sola alma libre que hubiese, y por lo tanto, la sola que ofreciese albergue y residencia a esos hechos, a esos delitos, porque los demás eran mandados, si bien obraban en virtud de obediencia indebida; la residencia y la responsabilidad están en el Gobierno de S. M., puesto que con valerosa arrogancia viene a responder por todos: en el presidente del Consejo de ministros. Aquí no habría necesidad sino de seguir sin apartarse un punto de ella esta tesis: un delito y un atentado contra el Parlamento; un atentado cometido por los representantes del poder real que de esta manera creían responder a la obligación que tienen de llevar respetuosas relaciones entre la Corona y el Parlamento; un reo, un autor, un confeso que viene aquí a declararse responsable de ese delito, si bien por aquella misma oscuridad en los senos de la conciencia de que ya nos hemos ocupado el Sr. Cánovas del Castillo y yo; esto se ha tomado por cosa natural y sencilla, y por falta liviana en todo caso, de aquellas que se purgan y se purifican y aún se aplauden y se santifican, mediante la intervención de 237 votos.

Yo no quiero, Sres. diputados, después de haber establecido los verdaderos términos, los términos crueles e inflexibles de este asunto; no quiero dejar de ocuparme de algunos hechos que como antecedentes exponía con visible contradicción a cada paso el señor presidente del Consejo de ministros; bien que haciendo aquí una protesta muy solemne.

Aunque esos hechos fueran ciertos, así como son todo lo contrario; aunque yo en vez de ser un hombre leal hubiera sido un traidor abominable y en vez de cumplir, según todos reconocemos y reconocen todas las minorías, como un presidente imparcial que ha reconoci-

do y respetado el derecho de todos y al reconocerlo y respetarlo ha prestado un gran servicio a la libertad de la tribuna, ha rendido un culto necesario a sus propios antecedentes, y ha quitado de encima grandes dificultades a ese Gobierno; aunque yo en vez de ser esto, digo, hubiera sido un traidor, hubiera sido un presidente parcial, digo, que hubiera estado alternativamente entregado unas veces a las oposiciones y otras veces al Gobierno, que hubiera presidido sin régimen alguno de conciencia; aunque hubiera ofendido a la mayoría; aunque hubiera faltado al Gobierno, aunque hubiera urdido en la sombra tenebrosos hilos de una conspiración en vez de haber trabajado como yo lo hago siempre a la luz del día; yo afirmo que no hay término de comparación; yo establezco que no se pueden mezclar ni revolver como aquí se revuelven y se mezclan unas cosas con otras; digo que esa mayoría hubiera tenido quizá el derecho de lanzarme de ese sitio por medio de un voto de censura; pero no reconozco nunca, nunca, nunca, con nadie, ni aun con ese presidente que yo imagino, que pueda hacerse lo que se hizo el 23 de Mayo; que pueda un gobierno concertar y ordenar un acto como ese ni parecido a ese; y concibo menos que permanezca indiferente la opinión, la cual en verdad no permanece ajena a esto, y que los poderes públicos lo soporten y que lo permita la justicia de los hombres.

Así, añado que ese Gobierno se ha hecho incompatible con el Parlamento; porque se ha incapacitado para el ejercicio de sus elevadas funciones en el Parlamento; porque cuando pasen los ardores de la pasión y la reflexión venga, todos habrán de sentir y sentirán, todos tendrán que reconocer y confesar que así no se gobierna; que gobiernos que tienen la desgracia de hacer eso, tienen, como decía el Sr. Gamazo desde las entrañas de esa mayoría, que ir a purgar en la oposición sus deficiencias políticas, sus deficiencias intelectuales y sus deficiencias morales. Yo no tengo más remedio que decirlo, ya que ello es forzoso; y como decía el poeta *paulo minoru canamus*.

No me hago cargo de cierta interrupción, porque la mayoría lo entiende bien; y en todo caso, latinos considerables tiene que se lo explicarán.

El señor presidente del Consejo de ministros ha dicho también que aquél atentado del 23 de Mayo nació de la indignación de la mayoría; porque ¿quién, añada, el señor presidente del Consejo de ministros en la reunión de la Presidencia, quién enfrena las olas agitadas? Entiendo yo, y paso por la elocuencia tan manoseada de la imagen, que eso de las olas agitadas pugna con aquello del Consejo de Ministros asociados con los hombres buenos; de consiguiente, aquí no ha habido más que olas de teatro movidas por un maquinista que no acertaba bien a tapar el cuerpo. No quiero, naturalmente, porque sería poner los pies en un terreno peligroso, seguir en esos de los vientos.... (Algunos señores diputados de la mayoría: No se oye.)

Ya basta con lo de la tempestad y lo de las olas. Y doy gracias al señor diputado que ha tenido la bondad de desear que repitiera la frase.

Pues qué, ¿la indignación es por el hecho de haberme abstenido como presidente? A esto se atenta aquí la última vez el señor presidente del Consejo de Ministros olvidando que de todas partes habían salido voces elocuentes que habían traído a la memoria del Congreso los recuerdos de todos los Presidentes dignos, de todos los que no querían pertenecer ni habían pertenecido a la raza de presidentes de la decadencia, de Martínez de la Rosa, del marqués de Gerona, de Posada Herrera, de Ríos Rosas, de todos los Presidentes....

El Sr. Martínez Luna: Hacían las cosas de otro modo. (El orador no hace caso de esta interrupción.)

....De todos aquellos que se han encontrado en disidencia con el Gobierno, porque hay otros presidentes tan dignos y tan altos como aquellos cuyos nombres invoque, que no han tenido jamás esa verdadera desgracia. Pero es; porque se realizaron los actos de tales presidentes en ocasiones sencillas y para casos de poca gravedad? Ríos Rosas votando, cuando los sucesos de Junio de 1866, una vez; después de haber tenido lugar aquellos sucesos, dos veces; antes de que tuvieran lugar, votando contra el Gobierno en un proyecto de ley pidiendo las autorizaciones que aquel Gobierno necesitaba, Ríos Rosas votando, Ríos Rosas hablando, Ríos Rosas restituyéndose a su sitio con más o menos reprobación, pero siempre silenciosa de la mayoría, Ríos Rosas no realizó un acto mucho más grave que el que hubo de realizar el que habla absteniéndose de votar por motivos que explicaré más tarde, y en virtud de los dictados de su conciencia, y en uso de la libertad que no tuvo la idea jamás de haber enajenado al señor presidente del Consejo de Ministros que ha llegado a pensar, según veo, que ese puesto no es una dignidad, que ese puesto no es una persona en quien se encarna esa dignidad, porque aquella persona represente, estos o los otros méritos, estos o los otros servicios, o represente ideas o algo que en un momento dado le señale a la designación del Gobierno y a la elección de los diputados, sino que un presidente es algo que se pone ahí para que sirva, y en cuanto deja de servir tiene que quitarse o su voluntad, como si en vez de desempeñar esa dignidad tan alta desempeñara un destino cualquiera, o como si la Presidencia del Congreso fuera como la subsecretaría de Gobernación o la Dirección de Correos? (risas).

Pues, ¿el señor presidente del Consejo de ministros obró contra mí con una saña inconcebible, excepcional y nunca vista, o debió obrar en virtud de ese equivocado concepto. Pero ¡ah! el señor presidente del Consejo de ministros que así como confesó un día ha negado otro, ha negado ayer, ya vendremos a eso, que tenía conocimiento solemne del estado de mi voluntad y del estado de la voluntad de hombres importantes de la mayoría respecto al debate promovido por la proposición del Sr. Villaverde, confesó también que no había de confesarlo? confesó que yo le di cuenta de mi resolución de dimitir absteniéndome, o de abstenerme si a S. S. le parecía esto menos mal, conservando la Presidencia.

En primer lugar, ¿no confirma este hecho que yo puse generosamente a su disposición la

parte de mi conducta que podía poner, aquello que estaba dentro de las determinaciones de mi voluntad y de los decretos de mi conciencia?

El señor presidente del Consejo de ministros dice que yo pedí consejo a mis adversarios.

Yo hablé con el Sr. Gamazo a instancia del señor presidente del Consejo de ministros, y el Sr. Gamazo contestó lo que ayer pudo oír su señoría, lo que ayer oyó todo el Congreso, lo que está escrito. Y dijo el Sr. Gamazo ayer en su elocuentísimo discurso, que en lo de elocuentes todos habéis de convenir, ya que no conveniais en lo de acertado:

«Yo, de mí se decir, señores diputados (aquí cada cual juzgará con su manera de ver estas cuestiones) yo de mí se decir que si hubiera ofrecido al Sr. Martos mi concurso para el éxito de una pretensión económica o política, (y yo se lo ofrecí al Sr. Gamazo que era y sigue siendo lo que no soy yo: un diputado de la mayoría), y cuando a instancias del Sr. Martos yo hubiera puesto mi voto o mi inclinación al lado del Gobierno (a instancia del Sr. Gamazo, yo hubiera podido poner mi inclinación, y en algún momento la puse, al lado del Gobierno)... el Gobierno se volviera contra el Sr. Martos en los términos que se volvió contra mí, tal vez creyéndome sólo, yo, sin vacilar, en el acto, hubiera ido al lado del Sr. Martos. Pues yo, sin vacilar, viendo lo que veía en ese Gobierno con relación a un hombre importante que estaba sustentando aquí los intereses y las reclamaciones de la producción y del trabajo, yo me fui resueltamente al lado del Sr. Gamazo, y como el Sr. Gamazo se abstuvo, yo me abstuve también. Y como por lo visto hice bien en abstenerme, cumpliendo mis compromisos con el Sr. Gamazo y con mi propia conciencia; aquí sonaron aplausos, que me lisonjearon, y a la vez, un poco me entristecieron, porque no pensaba yo que el cumplimiento del deber anduviera en esta tierra tan escaso que mereciera aplausos de nadie el sólo acto de cumplirlo. (Muy bien.)

Pero el señor presidente del Consejo de ministros, firme que firme. Yo, según el, consulté a mis adversarios y yo falté, absteniéndome, a todos mis deberes, por no se que compromisos que supone S. S. que yo tuve: pero la verdad es sencillamente que varios individuos coincidimos en las ideas, ni más ni menos.

Aquí promovió un debate el Sr. Gamazo; aquí el Sr. Gamazo hizo aquella apelación a todas las opiniones de la Cámara, porque entendía, y entendía con razón, que vender el trigo a un precio remunerador es asegurar la vida de los trabajadores del campo; que defender la producción nacional; que hacer un alto en esa labor extremadamente activa del libre cambio, que ha traído muchos perjuicios; que pensar en lo que debe pensar todo Estado, que es mantener y fomentar en ese caso necesario proteger todas las fuerzas nacionales, es conveniente para el bien del país; porque las naciones, como los hombres, viven de las fuerzas y de las energías naturales que tienen, y cuando no tienen bastantes hay que apelar, en lo que se refiere a las naciones, a los medios de la terapéutica social; el Sr. Gamazo apelaba a todos, para que todos corriésemos a esa obra superior y yo se lo dije al señor presidente del Consejo, solo que S. S. ha llegado a perder de tal manera la memoria que ya no hay cosa más difícil que discurrir con él acerca de hechos, porque a no estar en la creencia de que S. S. ha adoptado la resolución irrevocable de no acordarse, hay que pensar que S. S. nunca se acuerda de lo que no le conviene.

Esto le dije al señor presidente del Consejo de ministros, añadiéndole: «me parece una torpeza parlamentaria dejar al Sr. Gamazo entregar sus esperanzas y sus ideas solo a los conservadores; debe salir del Gobierno una voz de aliento y de esperanza, y si no sale esa voz del Gobierno, saldrá de la mayoría, y si no saliere de la mayoría porque no hubiese quien la dijese, saldrá de mis labios si es preciso, siendo como soy, presidente del Congreso.»

Yo no dije al Sr. Sagasta que yo hablaría, porque no era necesario que se lo dijese; le dije, y era verdad, que hablaría un ilustre orador de la mayoría. Es más, en otra ocasión, bajando yo de la presidencia y encontrándose conversando al pie de la escalera el señor presidente del Consejo con varios diputados, haciendo por cierto la propaganda de que se debía sofocar el debate sobre la proposición del Sr. Villaverde.... (El señor presidente del Consejo de ministros: Sofocarlo no; someterlo al Reglamento.)

Ya hablaremos de eso; pero eso era sofocar el debate. Además, siempre resultaba que como yo entendía el reglamento de una manera y yo era el presidente, eso era una propaganda de S. S. contra el presidente del Congreso.

Como era tan principal y tan importante el puesto que había de tomar en el debate mi ilustre amigo el Sr. Montero Ríos, y el señor Montero Ríos había tenido que marcharse por cualquier motivo que fuese, sea en buen hora; porque le impidiese continuar con aquel empeño sin patrióticas angustias, yo le dije al señor Sagasta: ¿Por qué no ocupa usted el puesto que ha dejado vacante el Sr. Montero Ríos? ¿Por qué no pronuncia usted el discurso que tenía que pronunciar ese señor diputado? ¿Va recordando S. S. ¿No recuerda? (Varios diputados próximos al orador: No; no dice nada!) ¿No dice nada? Pues ya lo dirá. (El señor presidente del Consejo de ministros: Es que yo no digo. Es que S. S. tiene el inconveniente que me atribuía ayer, y no oigo al final de cada período.)

No, señor presidente del Consejo de ministros; crea S. S. que yo no caigo en aquellas faltas que condeno en los demás. Por consiguiente, señores diputados, estas eran interrupciones que no contenían ofensa alguna, ni podían despertar el menor interés para ser oídas. Como yo soy ciego, o punto menos, cuando dije que si S. S. iba recordando, pregunté a los amigos que tengo cerca si el señor presidente del Consejo de ministros afirmaba o negaba, y me dijeron: no dice nada; y contesté: pues ya lo dirá. Ni más ni menos. (El señor presidente del Consejo de ministros: Ya contestaré a S. S.)

Fuimos a las habitaciones de la Presidencia,

Esta era la segunda conversación que a propósito del debate económico tenía yo con el señor presidente del Consejo de ministros, porque antes tuve otra en mi casa. Ya volveré a hablar de la que tuve en la Presidencia; pero se me olvidada esta otra y quiero ocuparme de ella, porque también en este hubo de incurrir en inverosímil defecto de memoria el señor presidente del Consejo de ministros. S. S. dijo que hacía mucho tiempo que no nos había visto ni al Sr. Montero Ríos ni a mí. Yo no lo he contado; ni sé si ha sido poco o mucho. Eso depende de muchas circunstancias y de muchos afectos. Por lo visto S. S. me tiene en tan poco que no echó de menos el tiempo en que nos vimos, ni cayó en la cuenta de las circunstancias, de la ocasión, ni del motivo por qué nos vimos, ni del asunto que tratamos. Estas son cosas menudas, que no importan a nadie nada y a mí tampoco.

El Sr. Montero Ríos y yo convinimos con el Sr. Gamazo en dar cuenta a S. S. de nuestra actitud y de nuestra respetuosa reclamación; el Sr. Montero Ríos, no más que yo, ni yo más que él, los dos de la propia manera. No hubo en esto dificultad ni duda alguna como el señor presidente del Consejo pretendía haberse le dicho, ni seguramente se lo ha dicho el señor Montero Ríos. El y yo dijimos a S. S. cual era nuestro pensamiento antes de presentarse aquí los presupuestos. El primer día de sesión después de aquellas vacaciones, leyó el señor ministro de Hacienda el proyecto de ley de presupuestos, y yo hablé con el señor presidente del Consejo dos días antes, cuando me hizo el honor de visitarme; claro es por consiguiente, que S. S. podía haber tomado en cuenta nuestro deseo, antes de que los presupuestos fueran presentados. No lo hizo porque no lo tuvo por conveniente; pero ahora no puede decir, ni nosotros podemos aceptar, que le ocultamos nuestro pensamiento, ó que se lo manifestamos cuando ya no era posible el remedio por haberse presentado los presupuestos. Estos son los hechos, y yo pongo en su lugar la exacta verdad, a fin de que quede correspondencia la calidad del argumento. Diré más; el señor presidente del Consejo de ministros, dos ó tres días antes de reanudarse las sesiones, me visitó en mi casa, y al señor presidente del Consejo le había visitado en la presidencia el Sr. Montero Ríos.

Apenas separado el Sr. Montero Ríos del señor presidente del Consejo de ministros, vino el Sr. Sagasta a mi casa, y a pocos instantes llegó a ella el Sr. Montero Ríos.

Nosotros estábamos en mi despacho, y el señor Montero Ríos le pasaron a mi biblioteca, y como el Sr. Montero Ríos sintió que hablábamos en alta voz, no le permití su delicadeza permanecer allí, y se fue; y al día siguiente me refirió todo esto delante del Sr. Gamazo que lo puede (el Sr. Gamazo hace signos afirmativos) confirmar, aunque no tengo completa necesidad de que se moleste S. S., porque cuando yo digo una cosa que me consta, no necesito que nadie lo confirme; pero, además, veo que el Sr. Gamazo confirma en este momento mis palabras. Después vinimos a esta conversación en los salones de la Presidencia; el señor presidente del Consejo de ministros pretende que en aquella conversación hubimos de ocuparnos del procedimiento para la discusión de la proposición Villaverde; no; eso fué en otra conversación que presencié el Sr. Moret, a quien cito como testigo, a quien no quiero aludir porque no deseo que rompa con el papel a que se ha condenado de *el mudo por compromiso*.

Yo planteé la cuestión en busca de una concordia; yo, el intriguante, yo, el iniciador; yo, el conductor de la conjura; yo, el presidente desleal; yo, el enemigo de ese Gobierno, planteé la conversación como quien busca una concordia, como lo he hecho siempre, como lo hice cada vez que las ambiciones de los mozos ó las nostalgias de los viejos me invitaban a hacer indicaciones al señor presidente del Consejo.

Después, señores diputados, de planteada la conversación en términos de concordia, anuncié lo que en líneas generales sería preciso que el señor presidente del Consejo de ministros dijera para ocupar en el debate la vacante del Sr. Montero Ríos, porque el debate se hubiera reducido a un cambio de impresiones, a una toma de posesión de actitud; a una pública manifestación de los deseos de algunos hombres de la mayoría y de otras partes, junto a lo que urgentemente requerían los intereses económicos del país. Y así, fué, señores diputados; empezamos a hablar de esto, y el Sr. Sagasta, porque quizás yo hubiese planteado la conversación con el arte que tuviera para poder traerla a términos eficaces; lo cual es natural, pues para eso hablan los hombres, para convencerse y persuadirse unos a otros; el Sr. Sagasta, digo, se manifestó dispuesto a tomar algunas de aquellas líneas generales; y con viril entereza y con hermosa sinceridad el Sr. Gamazo le dijo: «Ah Sr. Sagasta!» es menester que usted diga cosas que se puedan hacer, y para hacerlas cosas que sería preciso que usted dijese, hay que contar con que son imposibles dentro de este presupuesto. Y desde aquel momento, como el reformar el presupuesto, traía aparejadas para el Sr. Sagasta otras consecuencias que no le convenían, y yo respeto el sentido que él tuviese acerca de sus propias conveniencias, desde aquel instante la conversación careció de interés, de eficacia y de objeto.

A esta última conversación asistió el señor Moret, porque antes de comenzarla, yo le dije: venga V. Sr. Moret puesto que V. por la buena voluntad y dulzura de su carácter, por la costumbre, por la suavidad de su temperamento, parece que está inclinado a unos y a otros, aunque como es natural, tenga V. su particular pensamiento; y alegremente y con la bondadosa facilidad que tiene, asistió a mi despacho el Sr. Moret, así como también el señor Gamazo. Fué, pues, el Sr. Moret testigo de aquella conversación y porque lo fué le cito sin trascendencia naturalmente.

Allí se abandonó todo término de concordia y no volví a hablar del fondo de las cosas con el señor Presidente del Consejo de ministros.

El día en que íbamos a votar, dije a S. S.: llegó la hora de los desenlaces, y yo que pienso como el Sr. Gamazo, me voy a abstener con el Sr. Gamazo. Puesto que el Sr. Gamazo porque de la mayoría han salido voces de aliento y de

esperanza, se va á abstener, me voy á abstener yo también en vez de votar con los conservadores. Esto puede ser grato para los conservadores, pero era por ventura cargo ninguno, ofensa ninguna, falta ninguna para el Gobierno de S. M. ni menos para la mayoría? El Sr. Sagasta no quería que yo me abstuviese; pero me abstuve por las razones mismas que ha dado el Sr. Gamazo; no necesitó otras. Pregunté al Sr. Cassola, hombre de la mayoría, mi amigo y correligionario; estaban presentes, pero se negaron á dar opinión los Sres. López Domínguez y Romero Robledo. Citaré las propias palabras del señor Cassola «después que todo el mundo sabe cómo usted piensa, si vota con el Gobierno que da usted como un trazo». Apesar de lo cual quizás yo me hubiera resignado á quedar como un trazo si el señor Presidente del Consejo de ministros, si el Gobierno entero de Su Majestad hubiera atendido y satisfecho en alguna medida, en una medida que no tenía que apreciar yo, sino el Sr. Gamazo que era el que llevaba la dirección y el sentido de aquel debate; y como el señor Presidente del Consejo de Ministros en vez de esto lo disabució; y como en vez de esto lo maltrató; y como en vez de esto no le dió esperanza alguna, yo, que pensaba como el señor Gamazo, procedí como el Sr. Gamazo.

Ah! Es verdad que aquí se ha hablado de retiradas teatrales; de esto me acuerdo, y el señor presidente del Consejo de ministros hizo algunas indicaciones en punto á la forma menos ostentosa y dañina de abstenerme de votar.

Yo francamente no me acuerdo; pero no digo que no fuese, porque la memoria tiene á veces olvidos que son piedades para excusar amarguras y tristezas del entendimiento.

¿Qué yo me pusiera malo! ¿Qué yo me retirase á mi casa!

¿Iba por ventura á cometer alguna vergüenza? ¿Es que esas resoluciones se toman para disimularlas? ¿Es que S. S. en definitiva no reconocen que en cualquier caso mi abstención hubiera sido sagrada? Pues, yo tenía que contar con aquél desagrado; pero tenía también que contar con mi propia satisfacción, que soy tan soberbio, soberbio en esto solo, que en punto á pensamientos y obras yo soy para mí la persona de más respeto.

De modo que no podía ser mi abstención, porque la abstención era un hecho tradicional y respetable en estas asambleas políticas, no podía ser mi abstención la causa de aquel ultraje que me hicieron.

Porque si verdaderamente no fuera excusado que expusiere recuerdos relativos al comportamiento de otros varones ilustres que antes que yo ocuparon ese sitio, me bastaría el recuerdo mismo del Sr. Sagasta y me bastaría el recuerdo del Sr. Posada Herrera respecto al cual el Sr. Sagasta decía: «Pero ese presidente no había hecho lo que ha hecho el señor Martos. Lo que el Sr. Martos ha hecho no se ha visto en ningún Parlamento.»

Pero ¿qué he hecho yo? Palabras, palabras y palabras; palabras vanas, vacías de significación y de sentido, palabras al aire, por las cuales viene el señor presidente del Consejo de ministros á dejar caer sobre mí aquellas responsabilidades que por justicia corresponden no más que á S. S.

El señor presidente del Consejo de Ministros decía: «El Sr. Posada Herrera no había realizado acto ninguno de oposición contra aquella mayoría y contra aquel Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo.» Pero, señores, ¿no es público que el Sr. Posada Herrera andaba haciendo diligencias para formar un ministerio, y aún no se añadió por entonces que ya sabía él por qué practicaba aquellas diligencias? Y en todo caso, ¿no basta con que el Sr. Posada Herrera las hiciera? Y después, ¿no concurrió á aquella obra de transacción patriótica del Sr. Posada Herrera un orador ilustre de esta mayoría?

Pues la autoridad y la firme voluntad de ese hombre ¿no llegaron á tener tal eficacia en punto al auxilio que concedía á la obra intentada por el Sr. Posada Herrera, que solo se estreñó todo aquello ante la implacable negativa del Sr. Sagasta á autorizar el tránsito, porque el Sr. Sagasta tiene la dichosa cualidad y el don envidiable de creer que no siendo realizada por él, no puede tener buen suceso ni parar en bien cosa ninguna.

Pues el Sr. Cánovas del Castillo no llamó traidor al Sr. Posada Herrera, ni le echó de ese sitio (señalando á la Presidencia), ni le suscitó un motín; no hizo nada de lo que su señoría ha hecho con el presidente del Congreso.

Pero ahí tiene el Sr. Sagasta un antecedente negado por S. S., según es costumbre, y según es costumbre también, confirmado y evidenciado por la realidad de los hechos.

Pero ¿y el Sr. Sagasta?

El Sr. Sagasta sí que hizo una cosa que no se ha hecho antes que por él ni después, y espero que no se hará jamás aun cuando sea S. S. el que ocupe en circunstancias parecidas aquel puesto. Gobernaba el Gabinete presidido por el Sr. Posada Herrera; vino á abrir las Cortes el Rey, yo escuché estremecido de placer y de asombro aquel discurso liberal y democrático, lleno de promesas para el pueblo español, aquel discurso del ilustre Rey, del inteligente Rey, del Rey de la restauración, que venía coronando, y esto tengo que decirlo ahora porque lo he dicho muchas veces, estando y no estando el Sr. Cánovas en el Gobierno, coronando con esto aquella empresa atrevida llena de dificultades, empeñadamente vencidas, y ante las cuales el Sr. Cánovas del Castillo hizo de la restauración la monarquía de todos, en vez de hacer la monarquía de algunos; hizo de la restauración en vez de la monarquía de los agravios, la monarquía de los olvidos y de las esperanzas.

¿Qué hizo entonces, señores, el Sr. Sagasta? El Sr. Sagasta estaba sentado allí (señalando á la Presidencia), que no es el sitio que prefiero S. S.; le gusta más ese otro (señalando al que ocupa el señor presidente del Consejo de ministros), y el que ocupa la ocupaba á la sazón el Sr. Posada Herrera. Al ser elegido presidente el Sr. Sagasta dió, según el uso, las gracias al Congreso, y dió las gracias al Congreso en un discurso de contestación, en un discurso de irreverente impugnación al discurso de la Corona, al discurso que el propio

Rey había leído al Senado y al Congreso. (Rumores.)

En caso ninguno, señores diputados, tenía el presidente del Congreso facultad ni derecho para contestar desde aquel sitio al discurso de la Corona, imponiendo y dictando así su contestación al mismo Congreso.

Nunca; aunque el Sr. Sagasta se hubiera visto sorprendido en aquel sitio por el discurso de la Corona; porque eso era, respecto del Congreso, usurpar su autoridad, y respecto del Rey, desconocer su respeto.

Pero, yo, señores Diputados, que ingresé en aquel día en la sesión del 16 de Enero de 1884, en el gran partido monárquico; yo que no había ingresado antes por las dificultades que constantemente puso el Sr. Sagasta á la obra de la Izquierda; yo vi bien claro que aquél día era, por entonces, el último día del Gobierno del partido democrático, representado por el ministerio del Sr. Posada Herrera, y aunque no sé todavía, bien que mi conciencia me lo ordenase, si hubiera ido más allá y hubiera dilatado algunos instantes las manifestaciones que entonces hice, si hubiese querido encontrarme delante de la victoria, aunque estaba seguro de que no podía ser; aunque el Sr. Sagasta, como siempre hace, rompió aquél instrumento de la mayoría, y aquel magnífico instrumento de la Izquierda, porque no quería que sirviese en manos de nadie, y en las suyas lo había desorganizado; después de discutir con el mismo Sr. Sagasta, yo lo repito, viendo que era inevitable el fracaso, pensé, como dije al empezar mi discurso, que había llegado el momento de sancionar con mis obras mis palabras, y declaré que no me separaba ya ninguna distancia de la Monarquía, y lo declaré después de oír de los propios labios del Rey, aquél valeroso, aquél ejemplar, aquél generoso discurso por donde el Rey, bajo la responsabilidad de sus ministros, se mostraba con espíritu varonil, abierto á todas las transformaciones políticas y sociales, compatibles con la subsistencia y la realidad de los grandes intereses permanentes de la Nación.

Por eso lo hice, no por iniciativa ni siguiendo el ejemplo del Sr. Sagasta; aunque es verdad, porque yo no he de negar nada que verdad sea, es verdad repito, que alguna influencia tuvo sobre mí el acto Real del 8 de Febrero de 1884, acto que tuvo sobre mí una influencia parecida, dadas nuestras respectivas actitudes, á la que tuvo sobre el mismo Sr. Sagasta, porque aquel acto que le llamaba á la presidencia del Consejo de Ministros, le permitió asirse al poder á S. S. que se estaba cayendo del lado de la libertad y me aconsejó á mí romper la cordialidad de mis relaciones con Zorrilla cerca del cual yo estaba, cayendo del lado de la revolución.

Como por las palabras del Sr. Sagasta pudiera entenderse todo lo pasado de una manera distinta á la realidad, yo he de decir que un día le manifesté que esperaba estar poco tiempo en aquel sitio (señala el Sr. Martos el sitio de la presidencia) pero nunca pensé ni creí que se terminase el período de mi presidencia del modo como había de terminar, por decreto especial del señor presidente del Consejo de ministros.

Un día que el Sr. Cánovas del Castillo temió que yo le hubiese cogido en un lazo, haciendo que una prórroga concedida para que acabase S. S. un discurso se aprovechase para terminar aquel debate, contesté con una frase que no podía referirse á nadie, que no podía referirse á persona determinada, ni mucho menos, á un diputado. ¿Fue esa frase la causa de los agravios? ¿Son éstas las corrientes que encrespaban las famosas olas del Sr. Sagasta? Pues aquella frase no produjo más que un movimiento de hilaridad. Yo me acuerdo muy bien: yo hice, sin querer entonces, lo que suele hacer queriendo el Sr. Sagasta; yo he de decir aquella frase en voz un poco queda, así es que no llegó á oídos del Sr. Cánovas del Castillo. Llegó á oídos del Sr. Romero Robledo y de otras personas, se lo dijeron al Sr. Cánovas, y aquel movimiento de hilaridad circuló de banco en banco, hasta que aquella hilaridad lisonjera para quien la producía en aquellas circunstancias, llenó toda la Cámara, y nadie dijo otra cosa, hasta que se ha inventado esto de la conjura, de la rebelión, etc., etc. Pero ya el Gobierno reconoce que no hubo conjura, y en vista de este testimonio que yo presento, es preciso que reconozca también que no hubo nada de aquello que pretende presentar como cabeza del capítulo de agravios. No; no hubo nada de eso, no hay precedentes que justifiquen la conducta seguida para conmigo.

Pero si aquí no ha habido más que una conjura, que ha sido la del señor Presidente del Consejo de ministros contra mí, contra el Presidente del Congreso! Esta conjura nace de que un día el señor Presidente del Consejo de ministros que entendía el Reglamento de modo distinto á como yo lo entendía en mi calidad de Presidente, me dijo que era preciso aplicar el artículo del Reglamento relativo á las proposiciones, que manda que se apoyen en un solo discurso; y yo le dije que yo no era el Presidente que podía hacer eso, que al lado de ese artículo está con igual absolutismo é incondicionalidad, el artículo relativo á las alusiones personales; que nunca se había hecho; que acaso alguna vez se habría intentado siendo Presidente de esta Cámara un digno miembro del partido conservador y presidiendo el ministerio el Sr. Cánovas del Castillo, y no se trataba de una proposición de esta calidad, de la calidad importantísima de la proposición del Sr. Villaverde: se trataba de una proposición de otro orden, á lo sumo de una cosa como bancos, sociedades ó cosa así; y pidió la palabra para alusiones un señor diputado que no era Gamazo, ni el general López Domínguez, ni Cassola, ni Romero Robledo, ni Cánovas del Castillo, ni ninguna persona ilustre de aquellas á quienes el Presidente de la Cámara concede la palabra para alusiones, y yo le concedí, como yo lo concedo, aun siendo iguales por el derecho, como iguales según el reglamento, no hay remedio, hay ciertas diferencias entre diputados y diputados, cuando se dirigen al Congreso.

Y si no, por caso extraordinario y en virtud de las circunstancias excepcionales en que me veo, ¿no tenéis la bondad de estar escuchando me á mí con una benévola atención? ¿no escucháis con atención, con interés y con aplauso

al Sr. Cánovas, gran orador, al Sr. Castelar, gran orador, al Sr. López Domínguez, que además de ser un orador considerable, suele levantarse á expresar opiniones de su partido, no los escucháis con atención y con interés y frecuentemente con aplauso? Pues estas son las diferencias de la realidad, y sin embargo, repito, que no era ninguno de esos hombres el que pidió la palabra, si bien era un respetable diputado, que si no pertenecía á este linaje de hombres en la esfera intelectual, pertenece á otro linaje de hombres muy respetables, el señor Barandica; cuando el que presidía no quiso dar la palabra, el Sr. Barandica, porque quiso entender el reglamento como en esta ocasión pretendía entenderlo, y que yo lo aplicase el señor presidente del Consejo de ministros; se promovió entonces un verdadero conflicto parlamentario. Un malogrado compañero nuestro, cuya pérdida todavía deploramos, presentó una proposición de censura contra aquel presidente porque quería ahogar la discusión, aplicando el artículo del reglamento que el señor Sagasta, quería que yo aplicase bajo mi propia responsabilidad naturalmente. Aquella proposición de censura la votó unánimemente toda la minoría constitucional, incluyéndose en ella el Sr. Sagasta. Y eso que el Sr. Sagasta, en caso menor, censuraba en el Sr. Elduayen, que era el presidente á quien me refiero eso quería, que yo con mis antecedentes, y en caso mayor, hiciera con una minoría tan respetable como la minoría conservadora, con una minoría monárquica que venía á defender una determinada solución, con lo cual en el momento esperaba remediar las necesidades de una gran parte del país; y eso quería que hiciera yo ante un debate en que habían de oírse, como se oyeron, muchas opiniones, todas autorizadas, todas expresadas por hombres de verdadera categoría parlamentaria; y á semejante pretensión es á lo que yo me negué y dije al señor presidente del Consejo, que para eso había que buscar otro que ocupara mi puesto.

Y ¿qué diré respecto al artificio, porque lo otro hubiera sido al menos un acto de energía y de sinceridad, de que pasara al orden del día como yo lo llevé, el debate sobre la proposición del señor Fernández Villaverde y que quedara postergado? El señor Presidente del Consejo decía que aquello estaba completamente dentro de mis facultades; y era verdad que farisáicamente yo hubiera podido creerlo así; pero yo le dije al señor presidente del Consejo que á mi juicio no tenía yo aquellas facultades; que podía tenerlas formalmente; pero no las podía tener en razón y en conciencia. Así, pues, me negué también, diciendo: que todas estas facultades y todas las discreciones y todos los artificios tenían que estar reñidos por la prudencia, y que era imprudente provocar así, mortificando su derecho, las justas reclamaciones de los señores Diputados.

Y aquí vino la conjura, aquí la conspiración, que ha sido del señor presidente del Consejo contra mí. A los señores diputados de la mayoría les decía el señor presidente del Consejo de ministros: «No se ha acabado el debate porque el presidente no quiere cumplir el Reglamento.» Al Sr. Castelar le decía: «No se discute el sufragio universal porque el Sr. Martos no quiere.» Y en cuanto á los conservadores, yo mismo se lo he oído decir al Sr. Cánovas, sin que antes ni después, S. S. se buen testigo de ello, le haya pedido aclaración ninguna; yo le he oído decir que ellos creían encontrarse delante de las hostilidades del presidente y no de las hostilidades del Gobierno, porque á cada paso, de una manera confidencial, pero frecuentemente, se hizo llegar hasta la minoría conservadora esas insinuaciones. Y así la obra de la conjura estaba completa. Yo era para la mayoría un presidente que no quería aplicar el Reglamento; yo era para los conservadores un enemigo por unos fanatismos, que si que los tengo en favor del sufragio universal; yo era para el Sr. Castelar el gran obstáculo al sufragio universal, en virtud de no sé qué conveniencias y habilidades con los conservadores.

De modo que ya se ha visto: este es el secreto de todo lo que aquí ha acontecido. Por esto, señores diputados, por esto se hizo la conjura del señor presidente contra mí, y por esto pudo llegar un momento en que se creyó que en mí no encarnaba ningún principio, que en mí no encarnaba ninguna institución, que yo era un hombre solo, solo y abandonado; abandonado por algunos de sus amigos, abandonado y maltratado por las minorías republicanas como enemigo del sufragio universal, maltratado y malferido por las minorías conservadoras, porque se le suponía enemigo de las libertades parlamentarias.

Yo estoy muy cansado señor presidente, siento abusar de la bondad de los señores diputados; (Muchos señores diputados. No, no.) pero quisiera descansar un momento.

El Sr. Martos: Unos diez minutos ó un cuarto de hora serán bastante.

El Sr. Martos: Bien á pesar mío, señores diputados, me ha sido imposible dejar de penetrar detenidamente en el examen de los hechos que son el antecedente necesario de las cuestiones que examinamos; entendi que me era absolutamente indispensable el probar, como creo haber demostrado, que no tenía razón alguna el Gobierno de S. M.; que no la tenía el señor presidente del Consejo para haberme lanzado de ese sitio, primero por tan violenta manera, y después acudiendo á todos los medios de su poder legal.

El debate provocado por la proposición del señor Fernández Villaverde, la intervención del Sr. Gamazo, la de otros señores diputados y mi propia abstención en la votación, y la forma en que la llevé á cabo, exigían del señor presidente del Consejo de ministros que para la mejor tramitación de aquél asunto, cuidase de llegar á fórmulas de concordia. El señor presidente no quería; el señor presidente ha roto violentamente con aquella situación; el señor presidente ha decretado la guerra; el señor presidente la había preparado, por consiguiente, yo no me he retirado del partido liberal, yo no me he apartado de la mayoría, es el señor presidente del Consejo de ministros el que ha roto conmigo, quien me ha expulsado de esa mayoría, quien quisiera verme expulsado del partido liberal y quizás, quizás también de la Monarquía.

Yo no sé si estamos por virtud de estos antecedentes en una grave situación.

El señor presidente del Consejo y la mayoría parece que la desconocen y aún que la niegan; ojalá que acierten; pero si no acertasen las consecuencias de esta situación irán á cargo de quien la haya creado, y esta situación sin duda alguna, la ha creado el señor presidente del Consejo de ministros; esta situación que yo considero verdaderamente tan grave, que á mí me parece, lo mismo que le parece al Sr. Gamazo, que el partido liberal en esa encarnación que tiene en esa dirección que padece, ha quedado incapacitado para el Gobierno.

Y si es así, si el tiempo acredita estas palabras mías, si el tiempo demuestra que no es verdad que la opinión de este país sea indiferente á la herida que ha recibido el Gobierno representante del Poder real, el poder parlamentario; si por consecuencia de eso aquel divorcio famoso entre el presidente y la mayoría se convierte en divorcio total, y por mucho tiempo, entre ese Gobierno ofensor y el Parlamento ofendido; si los menoscabos que esa mayoría haya sufrido, pocos ó muchos, alteran la situación de esa mayoría, si trazan á la política distintos rumbos; la responsabilidad de todo eso es del señor presidente del Consejo de ministros; nada es responsabilidad mía en este punto ni en ningún otro, porque yo he debido retenerme en aquella situación en que me han colocado la hostilidad y la malevolencia del Gobierno.

¿Cuál es el secreto, señores diputados, de este extraño proceder del Sr. Sagasta? Yo no me atrevo nunca á abrigar en mi alma malos pensamientos que son para mí triste y desagradable compañía.

Sin embargo, yo no puedo pensar bien, en estas circunstancias, de la conducta del señor presidente del Consejo de ministros; porque si todos los presidentes más ilustres han obrado como yo obré, y aún más gravemente que yo, porque yo he obrado de la manera más natural y sencilla, y hubo gobiernos que respetaron esta libertad del presidente del Congreso, que no se ha respetado en mí, porque siendo posible todavía la concordia, no se ha querido la concordia, y esto por obra del Sr. Sagasta que ha pasado toda su vida por ser un hombre lleno de flexibilidad y de templanza. El Sr. Sagasta ha sido flexible y yo tengo ejemplos que proponer al Congreso en el mundo de lo infinitamente grande y en el mundo de lo infinitamente pequeño. En el mundo de lo infinitamente pequeño, sirveme de ejemplo por ser de un tamaño acomodado al caso, lo que ocurrió con la discrepancia. Un día el señor marqués de la Vega de Armijo se levantó á hacer duras manifestaciones contra el Gobierno que presidía entonces, como preside ahora este otro ministerio, el Sr. Sagasta.

A pesar del efecto de irritación producido en esa mayoría por las acusaciones del señor marqués de la Vega de Armijo, el señor presidente del Consejo de ministros olvidó, el señor Sagasta perdonó, el Sr. Sagasta no desterró de la mayoría, como me ha desterrado á mí, con menos motivos, sin ningún motivo, al señor marqués de la Vega de Armijo; y hoy el señor marqués de la Vega de Armijo está sentado en el banco ministerial. El Sr. Sagasta hizo bien; no es prudente en los jefes de Gobierno, y mucho menos, si además de esto son jefes de partido, proscribir hombres más ó menos importantes de la mayoría; no debió proscribir al señor marqués de la Vega de Armijo, hizo bien en facilitarle el acceso al banco ministerial, hubiera obrado, procediendo de otra manera con evidente imprudencia.

En el mundo de lo infinitamente grande se acredita de la propia manera la flexibilidad del Sr. Sagasta; porque el Sr. Sagasta en 1884, á principios de 1884, desterró del poder al partido constitucional y al partido de la izquierda, cortó las esperanzas en flor de la opinión democrática de la nación española y trajo fuera de razón y anticipadamente y sin una verdadera necesidad el partido conservador al Gobierno; porque consideraba el sufragio universal incompatible con la existencia misma de la monarquía.

Estas no son razones que pasan, noson razones que se disminuyen, no son razones que se modifican por la acción de unas ó de otras circunstancias, son razones fundamentales y por lo tanto de carácter perpétuo. De consiguiente: el Sr. Sagasta no ha podido nunca creer que el sufragio universal no solamente fuese compatible con la Monarquía sino que diese nueva vida, nuevo vigor y nuevo aliento y necesario ensanche y expansión á la monarquía.

Lo ha creído sin embargo y se ha convencido, y entonces dirán algunos que por no perder el poder rechazó el sufragio universal, jugando el todo contra el sufragio universal, y ahora por conservar el poder el señor presidente del Consejo de ministros, poco menos que me presenta como enemigo del sufragio universal; ¿En que consiste que por causas menores no haya pensado un instante en transigir conmigo como lo acreditan y han recordado ilustres oradores durante el tiempo que ha malgastado, que ha perdido por medio de la suspensión de las sesiones en la anterior legislatura? ¿En qué consiste, señores diputados? ¡Ah! No puedo menos de pensar en lo que viene haciendo constantemente el Sr. Sagasta. La vida se suele gastar en vivir, y aquí el Sr. Sagasta, como si fuera un Rey, se ha acostumbrado á que gastemos todos nuestra vida en que viva S. S., y cuando cree que ya la hemos gastado toda, ó que hemos consumido la parte necesaria de ella para que nadie tenga la pretensión de ocupar en el partido que S. S. dirige, un puesto debido á sus propios merecimientos, sino que si lo vuelve á exaltar, si lo hace revivir, eso sea notoriamente debido á la piedad de S. S.

S. S. va arrojando hombre tras hombre de la posición actual y los barre á segunda fila, ó como decía el Sr. Gamazo, á la reserva de la política; así cuando creyó gastado al ilustre Sr. Camacho lo arrojó á la cima, como arrojó al Sr. Montero Ríos, como arrojó al Sr. Moret, como arrojó al Sr. López Puigcerver y como arrojó después al Sr. Cassola y ha querido arrojarle á mí, porque sin duda S. S. encuentran que la manera de gobernar, el sólo modo de disfrutar autoridad en los partidos políticos y de tener títulos y sobre todo medios eficaces

para permanecer en el Gobierno, es hacer el oficio de Tarquino burgués cortando con un bastón todas las cabezas que se levantan un poco sobre las otras, oficio peligroso, oficio mortal para las repúblicas y para las monarquías, porque no se vive así, no se gobierna solo con muchedumbres anónimas, a las sociedades humanas (rumores), por más que al señor Sagasta le lisonjee vivir aislado y sólo como el ciprés en medio de una llanura poblada por arbustos enanos. (Nuevos rumores.)

Pero tenga en cuenta S. S. que se rie siempre de estos vaticinios; que los arbustos enanos no dan sombra y muchas veces tampoco fruto; y que el ciprés no es el árbol de las esperanzas, de las alegrías y de la vida sino que es el árbol de las tumbas, y el compañero de la muerte. Escuchadme señores Diputados, si tenéis la curiosidad de saber los motivos fundamentales en cuya virtud yo he tomado la

actitud que tomé en la proposición del señor Villaverde. ¿Qué he de decir yo del problema económico después de los cuadros elocuentes y llenos de triste verdad que ha ofrecido el señor Gamazo a la consideración del Congreso?

Cuando desde hace mas de seis años las rentas públicas aparecen disminuidas, nadie duda que es esa una triste e indiscutible señal del abatimiento de la nación porque marca y significa la disminución de sus fuerzas y de sus energías. Este es nuestro estado, y en este estado y viniendo los clamores de los agricultores sumándose a las antiguas voces y reclamaciones de la industria, nos encontramos con que gravando la riqueza todo lo que la riqueza puede soportar y mas de lo que puede soportar, todavía no podemos llegar a la nivelación de los presupuestos; no vivimos de nuestras rentas, no vivimos de lo que el Teroro puede

fácilmente obtener del país, sino que hemos gastado estos años bastantes miles de millones de nuestra fortuna y un año saldamos el presupuesto llevando a él las cajas especiales, y otro año vendiendo bienes del Estado, y ahora proponiendo la venta de las Salinas de Torre Vieja: en suma, vendiendo, para cubrir el déficit, la fortuna nacional, lo cual significa que no tenemos bastante con nuestra renta.

Y al lado de esto hay riqueza que no tributa, y venimos nosotros pidiendo, antes de llegar, por si fuera posible, que no llegaremos, a la elevación de nuestro arancel y de llevar a las fronteras el derecho de consumos sobre los alimentos, antes de esto, venimos pidiendo la nivelación de los presupuestos por medio de un tributo, por donde se cumpla el principio de justicia y se aplique el artículo constitucional.

Porque si todos pagan más de lo que pueden

y con eso todavía no podemos vivir, ¿quién duda que para evitar el porvenir pavoroso y nuestra ruina, que se acentúa de año en año hasta que nada tengamos que vender, cosa que está desgraciadamente vecina, quién duda que tenemos que hacer grandes economías y aliviar a la contribución de Consumos que lo encarece todo, y aliviar a la contribución Territorial que es la vida de las clases acomodadas, que es el sustentáculo en lo necesario de todo Gobierno, y al mismo tiempo atender con nuevos impuestos, con buena administración, a todo lo que hay que atender aquí, y no poniendo por remedio el llevar al Banco las Tesorerías y el traer al Estado la recaudación?

Señor presidente, en verdad, yo tengo todavía muchos puntos que examinar y fatigaría la atención del Congreso. (Varios señores diputados. No, no.) Preferiría, por tanto, continuar mañana.

DISCURSO DEL DIA 5 DE JULIO DE 1889

SEÑORES DIPUTADOS:

Necesito decir al Congreso y por su respetable conducto poner en conocimiento del país, cuales son aquellos motivos en cuya virtud he tomado la actitud que me pareció conveniente tomar en el debate provocado por la proposición del señor Fernández Villaverde, porque aunque en él haya quedado demostrada la injusticia del trato que se me dispensó por ese gobierno; aunque no pueda ya caber duda alguna a persona que tenga la menor imparcialidad respecto del injustificado procedimiento del jefe del gobierno, yo, aclarado ya ese punto que la verdad y la justicia me ponían en la necesidad de examinar y resolver, y por lo menos en lo que a mí toca demostrar, tengo que decir que motivos había para tomar la actitud que tomé y que mantengo en interés de mi país y en interés del partido liberal, al cual pertenezco aún por obra de mi voluntad, aunque no por gusto; según veo, del señor presidente del Consejo de ministros.

Pocas palabras he de añadir a las que ayer dije a este propósito; realmente, recordándolas, el asunto se resume en estas breves y sencillas y elementales ideas: no estamos en período de normalidad, sino en período de crisis, la cual se señaló con el síntoma más evidentemente reconocido de la baja durante años continuados, seis por lo menos, de la riqueza pública. ¿Podía yo atribuir ese fenómeno doloroso a gobierno alguno? Yo la señalo a todo gobierno, y el presidido por el Sr. Sagasta estaba obligado a procurar tener la sensibilidad necesaria para sentir debajo de su mano los latidos de la vida económica del país. Por consiguiente, la crisis existe; crisis señalada por lo menos y por lo menos reconocida por el gobierno que nombró una comisión encargada de dar un informe extenso acerca de la necesidad de remediar el estado permanente de marasmo y de decadencia económica. Las fuerzas contributivas están postradas bajo la pesadumbre de los tributos; el déficit está abierto y cada día es más ancho y más hondo, pagando la nación todo lo que puede pagar y algo más, y sin embargo no pudiendo vivir y viviendo, como dije antes, no de las rentas, sino de los restos de nuestra fortuna. Así no se vive, señores diputados; así se muere.

Es, pues, preciso estudiar bien los servicios, reorganizar bien los servicios, se necesitan financieros y administradores; no bastan mayordomos de casa grande. (Muy bien, en las oposiciones monárquicas. Rumores.)

El Sr. Gamazo que es un estadista, que es un hombre de gobierno, que es un financiero, que es un hombre de mi partido, al cual sigo con confianza en estas cuestiones de la Hacienda; el Sr. Gamazo demostró todo cuanto dejó expuesto y resumido. Es un dolor, señores diputados, que cuando pagando todo cuanto se puede pagar y aun todo cuanto no se puede pagar; preparando, por consiguiente, para el porvenir la postración, el enflaquecimiento y la ruina de las fuerzas contributivas, no tenemos bastante para vivir; cometamos la injusticia de negarnos a que paguen todos los que deben pagar y a que no se sustraiga de esta obligación constitucional y de justicia una parte de la riqueza. Cuando se dice a esto que es imposible porque hay déficit y que es imposible porque van a bajar los fondos públicos y tenemos ahora el crédito nacional muy alto; yo que no entiendo de estas cosas, digo sin embargo, señores diputados, con una entera convicción, ¡ah! la base sólida del crédito de las naciones está en los medios de vivir, y cuando no teniendo esos medios, suben, sin embargo, los valores públicos, esto depende de otras causas que yo no quiero ahora analizar y estudiar; pero esto no depende de que hayan de valer en lo sucesivo esos fondos lo que se da por ellos; esto no depende de que se pueda ni se deba tener, ni se tenga, confianza en el porvenir.

Cuando el estado de la riqueza de un país es malo, el estado de la Hacienda no es bueno, y si parece bueno, por ventura, durante algún tiempo, es que allá se está cubriendo el abismo con una capa de tierra vegetal, y cuando la capa de tierra vegetal se gaste, nos encontramos todos, la Nación y el Tesoro, delante del abismo abierto por nuestra infundada confianza y por nuestros obstinados errores.

Señores, ¿por ventura no puedo pensar yo esto, no tendría derecho a pensarlo aunque hubiera pensado otras cosas antes de ahora, aunque las hubiera dicho? Soy yo persona tal, colocada por vuestro arbitrio o por el del señor presidente del Consejo de ministros, en tan escepcional condición que no pueda, meditando sobre cosas tan prácticas como las que tocan al aspecto económico de la vida nacional, rectificar errores en que haya podido incurrir?

Pero no los he tenido, ni tengo que rectificarlos, señores diputados, porque yo no he sido nunca libre cambista, ni he asistido a ninguna de sus reuniones, ni he pronunciado discursos en ningún meeting; he procurado siempre tener la previsión de guardar la libertad de mi conciencia y de mis actos, y así, con la libertad de mi conciencia, con la libertad de mis opiniones, con la libertad de mis actos, he venido a aquel debate económico en el cual tuve que abstenerme.

Pero yo pronuncié un discurso en Vigo; ¡válgame Dios por el discurso de Vigo! que tal me

le tomaron en las notas taquigráficas que yo me asomé cuando me dijeron que el partido conservador estaba en aquella ocasión muy incomodado conmigo. Si me hubieran dicho que estaba por el incomodado conmigo la Academia de la Lengua, entonces lo hubiera comprendido. (Risas.) Porque yo tengo que decir, como consta a todos los que me conocen, que tengo un gran descuido, escaso descuido en todo lo que toca a mis obras retóricas.

Yo pronuncié una noche, de improviso, como es natural en un banquete, un discurso que tenía por principal objeto defender los intereses liberales contra los discursos de un orador tan elocuente y fogoso como el Sr. Pidal; y sin embargo, me limité a decir que el Sr. Pidal atribuía a los pobres librecambistas todas las desdichas del país, y luego dije lo que siempre he dicho y he pensado que es un error muy grande y cosa ilícita a los hombres políticos, a los hombres de gobierno y a los hombres de estado, asociarse a ninguna escuela en punto a economía, y que no hay derecho de sacrificar los intereses nacionales, ni a los extremos del proteccionismo, ni a los intereses del libre cambio.

Y claro está, señores diputados, que esto que dije, que estas ideas y la manera de exponerlas, son más circunstanciales que otra cosa; yo no hablé allí absolutamente nada en favor de las ideas librecambistas, nada que contradiga lo que yo he hecho, nada que contradiga lo que estoy teniendo la honra de manifestar en este momento, y si por ventura yo no estuviese entonces enteramente convencido de que en tales circunstancias se necesita protección para la riqueza del país, lo estaría ahora.

Precisamente lo que necesitamos es la libertad del arancel; por haberla empeñado ha venido la riqueza a la triste situación que ahora tiene. Yo no culpo a nadie. Se han hecho tratados de comercio bajo la dirección de gobiernos de todos los partidos políticos, pero, o no hemos tenido acierto, o no hemos tenido fortuna, y además los clamores que de todas partes se levantan nos piden la libertad del arancel para cuando terminen los tratados.

Nosotros necesitamos rescatar esa libertad, porque con el arancel se protege el consumo y se protege la producción. ¿Sabéis, señores diputados, si hay otros elementos, otras fuerzas, otros intereses, que considerar en la vida económica? ¿Llegan circunstancias y momentos en que es preciso mirar por los intereses del con- u no? Pues con la libertad del arancel se consigue la disminución de los precios.

¿Es que viene, es que se mantiene, es que subsiste esa pesadumbre, ese malestar que procede de que las naciones atrasadas y pobres, como la nuestra, se vean en espacio más pronto o más tarde en el caso de luchar con la concurrencia de países más adelantados y más ricos? Pues entonces también se protege la producción con la libertad del arancel. Esto será un error, ó será una verdad; pero es un convencimiento honrado que tengo, y así como aquí lo sostengo desde este sitio, lo he de sostener y defender y aplicar en el gobierno, porque os doy la noticia de que yo espero ser gobierno. (Risas.) Celebro el buen humor que tenéis, aunque no creo que verdaderamente estemos en el seno de circunstancias que permitan esos desahogos.

Señores diputados, yo tenía también una razón y la tengo, una razón política, una razón de interés nacional, una razón de interés parlamentario, una razón de partido, para inclinarme del lado de la opinión y de la dirección sustentada por mi amigo y correligionario el Sr. Gamazo, correligionario en cuanto liberal, pero no correligionario en cuanto individuo de la mayoría.

Y creo que es indispensable condición para la vida regular del régimen monárquico representativo, la cordialidad de relaciones entre los partidos políticos, puntos fundamentales de asociación y coincidencia entre los partidos políticos, para que, o todo no sean odios é incompatibilidades en cada cual de los asuntos de la Administración y del Gobierno, ó para que no se reduzcan como aquí parece que se entiende que se han de reducir a solo puntos de discordia, y venir a ocupar el poder resistiéndose siempre los partidos que le ocupan a dejarlo, sobre todo y perdonenme los demás si con esto les hubiere ofendido, sobre todo si el partido que ocupa el poder está dirigido por el Sr. Sagasta y si es el Sr. Sagasta el jefe del Gobierno.

No; éstas son las relaciones de la concupiscencia y del odio, la relaciones de la incompatibilidad alimenticia (rumores), y con ellas constantemente se alejan la tranquilidad, la paz y el reposo y se perturba la vida política del país.

Yo hubiera querido que el Gobierno de Su Majestad hubiera atendido, cuando menos en estas líneas generales, los deseos expresados, fundamentados por el Sr. Gamazo; porque en fin, yo no sé, aunque lo haya oído, que jamás la bandera del librecambio haya sido bandera del partido liberal; yo no sé que el partido liberal pueda, ni deba, ni tenga derecho a elevar esa bandera; yo no sé que el partido liberal ni los que le dirijan, tengan derecho a defender esa determinada dirección en la esfera económica; pero yo consideraba una torpeza y un error muy grande en ese Gobierno, el no estar inclinado ni al librecambio ni a la reali-

dad de la vida armónica, careciendo en economía de toda sensualidad, viéndose expuesto por ese motivo a las perturbaciones que trae siempre la duda y la ignorancia, de lo que se quiere y representa.

Por consiguiente, cuando en el partido liberal hay opiniones en determinada dirección; cuando en el partido liberal pueden y deben fundar esperanzas legítimas los que consagran sus capitales y su trabajo a labrar la tierra ó a explotar las industrias, fuera una torpeza ó un error dejar sin esperanza, confiados sus intereses al sólo partido conservador, y fuera un suicidio para ahora y para mañana, si acaso por cualesquiera motivos, el partido liberal llegara a contar el fin de sus días, dejando el poder sin solución de continuidad.

Además, señores diputados, entiendo yo que lo que es necesario, ante todo, para el Gobierno, es la unidad en el régimen, es la unidad en la dirección de las ideas, es el concepto de la totalidad de la vida nacional, no mirando absolutamente desprovistos de toda relación entre sí, los intereses del orden político, los del orden económico y los del orden social, porque de esta manera se exponen los partidos gobernantes a lo que viene haciendo el Sr. Sagasta, a producir división entre aquellos intereses donde debiera procurarse concordia y armonía, a compartir irreflexiblemente las fuerzas del Gobierno entre asuntos que se toman aisladamente y sin relación entre sí, exponiéndose al fin y al cabo, a que se hayan gastado esas fuerzas todas en una obra de perdición, en vez de haberse invertido en obra de salvación.

Estaba, señores Diputados, a punto de ponerse a debate por esta Asamblea el sufragio universal. Pensaban muchos, pensaban, cuando menos, algunos, que el sufragio universal debía pasar antes que todo, y que cualquier otro debate sobre asuntos económicos entorpeciera, dilataba, hacia quizás imposible el establecimiento del sufragio universal. Yo, como veis, quería y quiero establecer una relación entre estos dos grandes intereses económicos del país y los intereses del orden político, a los cuales afecta el sufragio universal.

Pero había además otra gran corriente; otra gran realidad, que era la corriente y la aspiración de las reformas militares. Muchos pensaban que las reformas militares, que la organización de un gran ejército, que los medios indispensables para la vida de un ejército, en España, y en circunstancias como aquellas en que está el mundo, debían asociarse con el problema económico, y debía demostrarse que no era verdad que para tener un ejército bien organizado y una armada respetable, fuese preciso hacer gastos enormes, ni impedir siquiera que fueran desarrollándose, a ser posible, las economías; porque entonces, señores diputados, vendríamos a aquel revolucionario dilema, a aquel dilema mortal que puso un día el señor presidente del Consejo de ministros. El señor presidente del Consejo de ministros dijo, con la sencillez que él acostumbra: «O tenemos que pensar en el ejército ó en las economías; si vamos a hacer economías, hay que prescindir algo del ejército, y si vamos a tener ejército no podemos hacer economías.»

Yo, señores, no quisiera que nadie incurriese en aquel gran error en que incurrió el partido progresista cuando manifestaba ciertas desconfianzas en el ejército y cuando llegaba a iniciar ciertas hostilidades hacia el ejército mismo, desconociendo los grandes servicios prestados por el ejército a la causa de la libertad.

No soy yo, señores diputados, de aquellos que miraban con horror y con miedo las glorias militares; no soy de aquellos que en cada acto de valor y cada heroica iniciativa han visto encarnado el espectro de la dictadura.

Yo, señores diputados, yo, por el contrario, tengo amor a las glorias militares, primero, porque dado el mal de la guerra, sólo en virtud de las glorias militares se recaba el beneficio de la paz; luego, porque las glorias militares, como las glorias literarias, como las glorias científicas, como las glorias artísticas, como todas, son las que constituyen la parte mejor de la hacienda moral de todas las naciones, las que forman sus títulos de nobleza y las que las dan derecho para dejar trazas de su paso por la vida y vivir al fin en la perpetuidad de la historia. No es posible, señores diputados, desconocer por otra parte que el grande estímulo, el primer estímulo, ¡ojalá pudiera ser el único y exclusivo estímulo de la vida de los ejércitos! ha de ser el sólo y puro cumplimiento del honor y del deber; mas por lo mismo que tal vez éste sea el más sublime de todos los estímulos y, por lo tanto, el menos malo, es preciso que el ejército funde aquella interior satisfacción que le recomienda la ordenanza, la sabia ordenanza, como propia de su vida, en la seguridad de su carrera, porque el servicio de las armas es una obligación para el ciudadano, y es una carrera para los que fundan su trabajo y sus estudios en los conocimientos que es preciso tener para administrar, mandar y dirigir los ejércitos: en fin, ya que el ejército, que es más que una institución, porque no es sólo el brazo del rey y el brazo de la patria, sino que es un aspecto completo de la vida del país, es preciso que no viva en divorcio con esos otros aspectos de la

vida del país que consisten en el trabajo de la industria y en el trabajo de los campos; porque lo que el trabajador de los campos hace, cada reja del arado que penetra en la tierra, cada semilla que se arroja en las entrañas de la tierra misma, la posesión, el derecho, el cuidado del cultivo de la tierra, todo eso, señores diputados, se funda en la seguridad del país y la seguridad del país está garantizada por la presencia y por la acción del ejército.

Es preciso que no tenga el país productor al ejército por enemigo, sino por complemento y necesidad de su vida, así como es preciso que el ejército no entienda que tiene a su lado la influencia hostil del país trabajador, sino que es menester que se sienta cercado de simpatías y que sepa a su vez que el arma con que combate, [el uniforme con que luce su bizarria militar y que acredita su valor y su honra, todo lo que tiene, todo lo que es, todo lo que hace, se funda en el trabajo de sus conciudadanos. Era preciso asociar estos dos elementos de la vida nacional, era necesario hacer lo contrario de lo que el señor presidente del Consejo hacía, era preciso demostrar que cabe hacer economías y tener un ejército sin reducir el contingente, lo cual es imposible para todo militar que sabe su oficio, un ejército que cueste menos de lo que cuesta, hoy quizá medianamente organizado, teniendo en todo su perfecta y completa organización, y era preciso que se entendiesen para esto el señor Gamazo, el Sr. Cassola, el Sr. Montero Ríos, que entonces andaba en estos patrióticos trabajos, que se entendiesen entre sí y que se entendieran conmigo.

El Sr. Cassola demostró antes con los hechos y mas tarde ha demostrado en esta Cámara que se pueden hacer en el presupuesto del ministerio de la Guerra dobles economías de las que trae el ministro actual en su presupuesto, con lo cual, dicho se estaba que quedaban asociados estos dos intereses de la vida nacional, que se desterraban esas causas de temor y de discordia y que quedaba recto y deshecho aquel peligroso y sofisticado sistema que seguía el señor presidente del Consejo de ministros.

Todavía había que tratar al lado de esto, señores, el problema de los problemas: el sufragio universal. Y ese sufragio universal ha sido aquello por donde yo me explico la actitud en este asunto del atentado contra el Parlamento, seguido, acaso con su propio remordimiento, por las minorías republicanas, contrastando con el fervor, con el verdadero fervor con que las minorías monárquicas han sostenido y defendido el prestigio del mismo. Porque el Sr. Castelar, mi querido amigo el Sr. Castelar, con una gran sinceridad que yo le estimo, por lo mismo que ahora anda en direcciones tan distintas de aquellas que yo sigo, el señor Castelar reconoció, desarmando con esto al señor presidente del Consejo de ministros, que yo traje el sufragio universal a este partido, que yo le traje antes que nadie viniera a él, antes que aquellos que después han venido; que yo no representaba en mi vida más que la defensa, a través del tiempo y bajo unas u otras formas de gobierno, del sufragio universal; que si yo no representaba eso, no representaba nada; por tanto, que yo, donde esté, represento y garantizo la total defensa del sufragio universal.

El Sr. Castelar y otros señores diputados republicanos, procediendo con menos meditación y con imparcencia menos reflexiva de aquella que yo tengo, lo quieren conseguir por encima de todo, lo quieren en el seno de la soledad y el aislamiento, lo quieren provocando quizás contra él grandes hostilidades, y comprometiéndolo sin porvenir.

Pero se olvidan de todo; porque no creo que mi amigo el Sr. Castelar, sea, como él pretende, un Maquiavelo, antes bien me complazco en afirmar que mi amigo el Sr. Castelar y aun los otros republicanos, son inocentes alondras.

Como el Sr. Sagasta es un presidente del Consejo de ministros apto; pero es sobre todo un cazador muy experto, y hace lo que los cazadores de alondras que agitan los espejuelos, que iluminados por el sol, brillan ante los ojos de aquellas infelices aves, y el Sr. Castelar, viendo brillar aquellos espejuelos, hace lo mismo que las alondras, porque probablemente, siente lo mismo que sienten las alondras, y codicioso y apasionado, y ciego, prescindiendo de toda previsión y de todo cuidado, y de toda prudencia, se arroja sobre los espejuelos del sufragio universal.

El sufragio universal, señores diputados, es un estado social, una renovación de vida, un fundamento de la paz pública, una transformación en el régimen político de la nación española. Esto es en mi concepto. En opinión de otros, y la respeto, el sufragio universal es algo menos que esto; pero con el concepto que yo tengo de él, y con el concepto que tengan otros, el sufragio universal tiene que ser una obra que se realice con el concurso de todos; tiene que ser una obra de paz más que obra de guerra; no ha de ser sólo un estímulo para purificar a los republicanos, sino que sin negar más asiento y solidez y sosiego a la paz pública, entiendo que el sufragio universal no se debe imponer por la violencia, y por el atropello, y por la presión, ni negando a nadie las garantías de discusión.

Solo así pueden honradamente los partidos, después que disentan la obra de sus adversarios, reconocerse y practicarla; porque sino, contra la tiranía no queda más protesta que el desconocimiento de la obra de los opresores y de los tiranos, y no es posible proceder de otro modo que el que he indicado si queremos que el sufragio universal sea en la nación española, que es una nación que vive bajo el régimen de la monarquía, obra de paz y de atracción para los republicanos, y no sea obra de guerra para los partidos monárquicos.

¿Hay algún mal en esto señores diputados? ¿Convenía atropellar esta gran novedad para que ocurriera el antagonismo y la lucha entre los intereses económicos y los intereses políticos, que me temía, que yo me temo, que sino se llegaba a entender bien las cosas, surja entre unos y otros intereses?

¿No es tomando en cuenta, en la medida que cada cual crea que deben tomarse, los intereses públicos; no es tomando en cuenta la relación que debe existir siempre para todo gobierno previsor y prudente entre estos intereses, como se gobiernan y dirigen los Estados?

Pues, bien; todos saben, y el Sr. Azcárate y tratadistas extranjeros lo dicen, que para las grandes reformas es preciso, ante todo, conquistar el elemento neutro de las naciones; porque las agrupaciones políticas unas son ardientes partidarias y otras adversarias apasionadas de ciertas grandes novedades, y quien decide la cuestión es la fuerza neutra, el elemento neutro, que no se apasiona ni en pro ni en contra de los principios propiamente políticos, primero porque los conoce poco, y después porque tiene poca fe en ellos y poca fe en nosotros.

Siendo esta una verdad, desconocerla es un peligroso idealismo, y los que de veras queremos arraigar y asegurar solidamente el sufragio universal, hemos de procurar que a nuestro alrededor vengan estas fuerzas neutras, los intereses económicos, los labradores, los jornaleros, los que viven del salario y los que viven de la producción, y que vengan, no como enemigos, sino como asociados, viéndose en el sufragio universal lo que en el vemos los demócratas, como yo quisiera que lo vieran todos; viendo en él un verdadero elemento económico de mayor fuerza que otro alguno; viendo en él la seguridad de la patria, en cuyo seno se desarrollan todos los progresos y se fortifica todo el bienestar económico del país.

Señores diputados, yo he pensado así siempre. No quería que se estableciera aquí desde la primera hora un divorcio entre la opinión y los que creen que lo primero que hay que hacer es establecer el sufragio universal; quería que el Gobierno se ocupara a la par de estos dos grandes aspectos de la vida; quería que el renacimiento de nuestra agricultura y de nuestra industria, por lo menos la protección a nuestra agricultura y a nuestra industria, coincidiese con el establecimiento del sufragio universal y se recibiesen por la misma mano que hubiese firmado la ley de sufragio universal.

Y ahora sucede, señores diputados, que el sufragio universal no viene.

Se empezaba a discutir aquel día que ese Gobierno creyó más conveniente otra cosa. Desde aquel día se ha perdido más de un mes para el examen de los asuntos económicos y para el examen del sufragio universal. ¿Dios sabe a donde hubiéramos llegado sino se interponía el amor propio, la hostilidad, el odio, el espíritu de dominación y de soberbia del señor presidente del Consejo de ministros!

Este Gobierno del Sr. Sagasta no puede establecer el sufragio universal; no lo establecerá, no lo tendremos, mientras ese Gobierno subsista, porque la primera condición para realizar esta reforma, ya lo he dicho, es mantenerse con aquel vigor y con aquella unidad que tenía el partido liberal en 1885 como dijo el señor Gamazo, y que ha perdido, no ya por razón de las personas, sino también por la calidad de las fuerzas, que aquello no fue un simple agregado democrático que se limitaba a venir a aumentar el número de los que formaban en el partido liberal; aquello fue la asociación del antiguo sentido liberal con el sentido democrático se ha roto. El sentido democrático se ha venido aquí porque por algo me buscó a mí el señor presidente del Consejo, por algo se concertó conmigo, por algo ese partido en esa forma de alianza del sentido liberal con el del democrático, y ese sentido democrático estuvo constituido desde que nos concertamos el señor Sagasta y yo en 1884; siendo todo lo demás que ha venido, mediante la respetable intervención de otras personas que más tarde, y hecho este concierto, han ingresado en el partido liberal, no más que consecuencia, aplicación y ejecución del convenio que sólo hicieron el Sr. Sagasta y el que tiene la honra de dirigirse a la Cámara. (Rumores).

¿Qué sabeis vosotros? Vosotros debierais saber aquello que por lo visto ignora a; vosotros debierais haber sabido que después de aquel concierto vino más tarde el poder a manos del partido que dirigía el Sr. Sagasta, como hubiera podido dirigirlo yo mismo, porque yo me canso ya en fuerza, no de modestia, que sería preciso para eso tener más de aquella que yo tengo, sino por desinterés, estoy cansado de pasar por hombre político tolerado. ¿No; yo no soy un hombre político tolerado, yo soy un hombre político que está aquí con la plenitud de sus ideas y de sus antecedentes, y así como soy, así como vengo, así se me ha de tomar donde quiera, sin que yo tenga que poner en olvido, como tienen que ponerlo otros hombres que no tienen ni mi carácter, ni mi valor cívico, ninguno de estos antecedentes.

Yo no discuto a nadie sus antecedentes, ni sus méritos, ni su antigüedad, ni su representación; pero el Sr. Sagasta trató conmigo; pero la opinión piensa otra cosa; pero, sobre todo, los partidos políticos piensan otra cosa.

El partido conservador, cuyo concurso me parece saludable, me parece necesario para establecer el sufragio universal, si el sufragio universal ha de ser tal como yo quiero que sea, una bandera de paz para el Rey y para la Patria, y no una bandera contra el partido conservador, y una causa de reacciones y de revoluciones; el partido conservador no está en relaciones con ese Gobierno que le permitan discutir serenamente el sufragio universal ni ayudarle a que se establezca.

Así es el estado de relaciones que hoy existe. Suponed que ese mismo estado de relaciones sea un absurdo, que haya surgido por generación espontánea y que no tenga como tiene, muchos fundados y legítimos antecedentes; siempre resultará que el Sr. Sagasta, que no puede, porque no quiere, resolver los problemas económicos, no puede tampoco resolver el problema político del sufragio universal.

Un gobierno que no puede, y no sabe y no tiene con quien, porque los gobiernos necesitan el concurso por el contraste y por la oposición de las minorías, un gobierno que está así que no puede resolver el problema económico ni el problema político, es un gobierno que no puede prestar al país otro servicio sino el de dejar libre el ejercicio de la prerrogativa de la Corona.

Un día, este gobierno se preguntará con estrateja, ¿como es posible que yo tuviera las grandes fuerzas que tuve y no me sirvieran para nada, desde el punto y hora que desconocí que siendo fuerzas parlamentarias, era preciso que obrasen con dignidad en el seno del Parlamento? ¿Cómo; si el atentado del 22 de Mayo no significaba nada, puesto que yo lo autorice, puesto que yo lo acordé, puesto que con eso no pretendí cometer atentado político alguno, puesto que los republicanos dicen que está bien? Ahí yo solo diré sobre este punto que se piensa por medio de los periódicos republicanos y de otros periódicos que están envenenando con mentiras el ambiente que respira el país, que queréis vivir por medio de artificios pero sin lograrlo, porque lleváis arrastrado como si fuera una bala de cañón, el peso de vuestros propios delitos. ¡Ah! Considerad señores diputados que mal hicisteis en no darme un voto de censura, por que el voto de censura no ofrecía ningún inconveniente ni dificultad alguna y ya lo hemos oído apoyado en un discurso elocuente y prudentísimo del Sr. Laserna.

No dejasteis de acordarlo tampoco, porque no tuvierais número para su aprobación; yo ya sé que el Gobierno del Sr. Sagasta tiene mayoría para todo, y la hubiera tenido para un voto de censura contra el Presidente del Congreso, por infundado que fuese ese voto de censura.

Pero ello fué que prevaleció el consejo de los prudentes. Había diputados que decían que no querían votar la proposición de censura; habrían votado con dolor, hubieran votado con repugnancia, pero la hubieran votado; y ahora tienen derecho a decir que no la hubieran votado de ninguna manera.

Como el señor Presidente del Consejo de Ministros es tan aficionado a contar cuentos y los cuenta muy bien, yo le voy a contar, no un cuento, sino un apólogo alemán.

«Hubo una guerra muy grande entre los mamíferos y las aves; llegó a tomar parte en los combates el murciélago, el cual aprovechándose de las desdichas, pero también de los bienes que la guerra trae, a veces guerraba como ave contra los mamíferos, y a veces guerraba como mamífero contra las aves, y así le fué muy bien durante toda aquella campaña, hasta que al fin se le descubrieron los procedimientos y el secreto, y desde entonces el murciélago sale solo y de noche para escapar a las iras de los mamíferos y a la venganza de las aves.» (Risas).

Así se tomó aquel acuerdo en el gran Consejo, según han confesado y reconocido varios ministros; así se tomó aquel acuerdo inexplicable, más inexplicable todavía por el reflejo que ha tenido más tarde. Porque si el acuerdo de la prudencia no venció, si prevaleció la desdicha y la irreverencia y el desacato, ¿cómo está sentado ahí, en representación de la victoria el Sr. Alonso Martínez? Porque el señor Alonso Martínez dijo: «Hay que dar el voto de censura.» «Es que le vamos a perder» solapadamente y sin creerlo, le contestaron. Y le respondieron: «Pues si le perdemos no darle.» Entonces ¿qué hacemos?—Pues lo que se ha hecho con otros presidentes, aguantarle.

Lo mismo dijo el Sr. Navarro y Rodrigo, y si ahora se celebrara ese Consejo y en vez de acudir solo los notables, acudieran todos, eso mismo dirían casi todos los individuos de la mayoría. (El Sr. Navarro Rodrigo: Yo no hablé de voto de censura.) Está bien; tanto mayor aplauso me merece S. S. y tanto más se aparta del acuerdo que prevaleció en aquel memorable Consejo.

Pero a consecuencia de eso, señores diputados, vino el escándalo que era forzoso que viniese después que el Gobierno acordó que le hubiera, después que lo acordó el Consejo de ministros como si el consejo de los otros hombres buenos, fuera preciso para que viniera.

¡Ahora si que digo yo que tienen freno las olas del mar!

Aconsejaba la descortesía y la irreverencia ¿quién va a arreglar sus términos y sus medios, y a impedir que tomase, como tomé, proporciones escandalosas, que ya constituyen como acto político del Gobierno representante del poder real contra el Parlamento bastante escandaloso, por el sólo hecho de haber acordado la descortesía y la irreverencia contra el presidente de la Cámara? ¡Ah! poco vieron los consejeros de los ministros las consecuencias del carácter necesario de todo aquello, porque en efecto no hay nada, absolutamente nada, en la historia parlamentaria de ningún país que se parezca a eso; nada, nada.

Si yo no estuviera tan fatigado y tan ronco, y tan poco dispuesto a hablar, sino necesitara para hacerlo tanto esfuerzo, yo acompañaría al señor presidente del Consejo de ministros en alguno de esos viajes a que se muestra aficionado, al través de la historia parlamentaria de Inglaterra. No lo haré; no lo necesito tampoco; basta citar hechos de nuestra historia; basta recordar que aquel atentado que por nuestro acuerdo se cometió contra el Parlamento, no tiene precedente parecido ninguno.

¿A qué hablar aquí de la invasión de las tropas de Pavia? ¿A qué hablar de esto, sin recordar que de aquellos fuimos responsables el Sr. Sagasta y yo? ¿A qué hablar sin recordar que todo aquello tiene un precedente parecido en la invasión de los batallones republicanos, federales del gorró frío, que profanaron el 23 de Abril esta asamblea y pusieron en peligro la vida de muchos liberales?

¡Ah! señores diputados, estos hechos a cierta distancia y no a poco de ocurridos, se explican fácilmente a la luz de la verdad y de la historia; pero, en fin, ante todo hay que recordar

para confusión nuestra, que después de vacar el trono por la abdicación de aquel dignísimo rey D. Amadeo de Saboya a quien servimos, establecimos aquí la república para que hubiese un gobierno, para que surgiese de la relativa legalidad de nuestros acuerdos y no brotase de entre las piedras de la calle. El señor marqués de Sardoal nos recordaba ¡ah!, que tenemos una Constitución; ¡ah!, que esta Constitución establece el procedimiento para cambiar de forma de Gobierno; ¡ah!, que parecía imposible que llegase el caso de utilizar este procedimiento, y este caso ha llegado y no le utilizamos y nos ponemos fuera de la ley y establecemos un nuevo régimen fuera de la Constitución.

Yo empleando la fuerza moral que siempre tuve con S. S., yo le dije:

¡Ah! Sr. marqués de Sardoal, el tiempo no da lugar para formalidades legales: urge que la asamblea provea, urge que si no se cumple la ley constitucional, por lo menos tenga un cierto origen legal y seguramente un origen parlamentario. Tuvo origen parlamentario, pero no tuvo origen legal, y así por falta de legalidad, porque el respeto a la ley es la base de vida de todos los poderes y de todas las instituciones y quien se olvida del respeto y de la observancia de la ley, prepara su propia muerte, esta nos llegó a nosotros, que podíamos haber fundado la república, aunque hubiéramos salido mal de todas suertes, dentro de la legalidad.

Comprenderá el Congreso y comprenderán los republicanos que yo no hago estos recuerdos para alabarlos. Recuerdo que los republicanos tomaron por cobardía la prudencia; que como no teníamos la base de la legalidad no infundimos el debido respeto a los facciosos; éramos un poco facciosos nosotros mismos que estando todos fuera de la ley, fuera de la ley obraron contra nosotros, y como no hay más que dos espacios en que puedan y deban moverse las fuerzas de las sociedades humanas, que son los espacios cerrados por la ley, ó los espacios abiertos a la fuerza por el capricho, allá el capricho y el interés se precipitaron en los espacios de la fuerza y acabaron con aquella primera Asamblea republicana, y esto se justifica en ellos por la grandeza de los motivos; porque creyeron aunque creyeron mal, que nosotros, fundadores de la república, nosotros los antiguos radicales, íbamos a destruir la república; y antes que la república fuese destruida, ellos, fanáticos de aquel régimen, ellos apasionados por aquella forma de gobierno, acabaron con la república y acabaron con aquellas Cortes.

Luego, el 23 de Abril, obraron con ellos de la misma manera que ellos habían obrado con nosotros.

Como la vida de la República, era una vida fundada y organizada fuera de la ley, murió; esa fué el pecado original de todos, y de ese pecado hemos muerto todos; y por eso, así como los gorros colorados no se vieron delante de una Asamblea legal y por eso tuvieron más valor y facilidad para disolverla, así como tampoco se encontró el 3 de Enero delante de una Asamblea legal el general Pavia, así como los batallones de voluntarios republicanos obraron por el interés legítimo de la defensa de la República que consideraban en peligro, así el general Pavia, sus batallones y todos los hombres políticos que nos asociamos a la responsabilidad de aquel hecho, procedieron a disolver aquella asamblea que después de derrotar al Sr. Castelar comprometía los intereses del orden, porque hacía ya imposible la vida del ejército y aseguraba el advenimiento de D. Carlos. Así está justificado el acto del general Pavia, cuya responsabilidad aceptó yo, y aceptó el Sr. Sagasta, porque el señor general Pavia, disolvió aquella Asamblea en nombre de los intereses de la libertad, en nombre del sistema representativo, en nombre de los restos que pudieran quedar de la Nación española después de los atropellos y de las desdichas y de las miserias que sufrió, en nombre de nuestras esperanzas, en nombre de la necesidad que de no triunfar, como hubiera triunfado en España, la causa del pretendiente.

Nada de eso existía como razón y justificación de la conducta de ese Gobierno que sólo se encontraba enfrente de un presidente a quien consideró en una determinada disidencia, y si queréis, con un presidente a quien consideró como rebelde. ¿Como si debieran los presidentes del Congreso obediencia a los Ministros del rey? Pero se encontró más que con eso; se encontró armado de una mayoría formidable, con medios en el Reglamento para proponer un voto de censura, y en vez de esto prefirió el arbitrio, prefirió el capricho, prefirió la fuerza, obró como obraron en otro caso, pero no con la grandeza de motivos que explicó el acto de los gorros colorados, ni con la mayor grandeza salvadora de motivos que tuvo el general Pavia con la guarnición de Madrid; obró empleando la arbitrariedad y la violencia por lujo.

Vosotros habéis atropellado el decoro del Parlamento y la dignidad del presidente que le representaba, tomando acuerdos criminales, siendo, como sois, representantes del poder real; vosotros habéis permitido, que uno de los vuestros, un ministro, el ministro de Estado, tomase parte directa y señalada en los actos de irreverencia y de desacato, excitando con sus gestos y con sus palabras aquel desacato y aquella irreverencia. (El señor ministro de Estado pide la palabra. Rumores.) ¿Es así como entienden el cumplimiento de los deberes del gobierno los ministros representantes del poder real?

¿Es que ignoráis, por acaso, que los ministros son los que deben llevar las relaciones con las Cortes, en representación del poder real, así como en representación del Congreso las lleva con el poder real, por medio de sus ministros, el presidente del Congreso?

¿No habéis pensado en la calidad del hecho? ¿No consideráis que es imposible que el país y la opinión, a quien tacháis de indiferente, vea con indiferencia ocupando ese banco un ministerio que representa el poder real, que está encargado de llevar esas relaciones con el Parlamento, y que inicia el desacato y la embestida contra el propio Parlamento? ¿Es eso gobernar? ¿Es eso responder a vuestra obligación como representantes del poder real? ¿Creéis que el poder real es sólo su confianza para eso? ¿Creéis que os tiene ahí para eso?

¿Lo creéis? Estáis equivocados, y será fuerza, para bien de todos, que el tiempo os lo demuestre.

En los horizontes sensibles del sistema monárquico representativo no se ve nada fuera del Parlamento, en cuya acción consiste todo el mecanismo y se cifra y se expresa toda la vida de ese régimen representativo. Fuera de esos horizontes sensibles, no hay más que aquellas lóbregas pavorosas que señalan siempre la arbitrariedad; aquellas oscuridades, aquellas incertidumbres que traen las dictaduras ó que traen las anárquicas revoluciones, que son consecuencia necesaria de la presencia en el gobierno, de la manera de entender los deberes de gobierno, del señor presidente del Consejo de ministros, y de ministros como los señores que le acompañan, los cuales entienden, equivocándose mucho en ello, que atacar al Parlamento no es al propio tiempo atacar y combatir a la monarquía.

Yo os lo digo, señores diputados, si verdaderamente un día la Monarquía se viese en peligro, en peligro real, en peligro inminente, bajo vuestra dirección y vuestro cuidado, todos los partidos monárquicos formarían un solo partido para defender la Monarquía contra vosotros, y del propio modo yo digo, que si un día se viese el Parlamento en verdadero peligro, en el peligro que resultaría de erigirse en sistema ese hecho de vuestro atentado, aquel día, en defensa del Parlamento formarían también un solo partido todos los partidos parlamentarios. Por que este régimen no es un Parlamento sin Rey, ni es una Monarquía sin Parlamento; el Parlamento sin Rey podría venir de esotro lado; la Monarquía sin Parlamento, no tiene en esta Cámara otra representación que la del señor barón de Sangarrén, porque aquí nadie puede pensar, ni piensa por fortuna, en ejercer, en encarnar, en vincular la Monarquía pura, la Monarquía absoluta, sino D. Carlos de Borbón; esa es pues la sola monarquía que hubiese de quedar aquí si vosotros, por vuestra falta de respeto, os cavaseis y minaseis y destruyeséis el Parlamento. Por tanto, estamos aquí delante de un gobierno que ya por lo que ha hecho, es incompatible con el Parlamento é incompatible con la monarquía; y por eso es incompatible para toda útil y provechosa labor de los partidos monárquicos y parlamentarios.

La primera necesidad de todos los partidos monárquicos y parlamentarios, es encontrarse ocupado ese banco con ministros que sepan responder a los graves deberes que les impone la confianza de la Corona y sepan respetar los derechos del Parlamento.

Deseo acabar ocupándome de un punto de grave y solemne trascendencia.

Habéis, señores ministros, habéis obtenido una muestra de confianza de S. M. la Reina Regente con el decreto de terminación de legislatura.

Habéis sostenido, el señor presidente del Consejo de ministros ha venido a confesar, yo no sé lo que dirá ahora, ha venido a confesar, y no ha sido contradicho por ninguno de los demás ministros, que este decreto de terminación de legislatura era, porque no se podía permitir que siguiera ocupando aquel sitio, el diputado que lo venía ocupando; lo ha confesado el señor presidente del Consejo de ministros. Y aquí surge una importante cuestión de derecho constitucional y político; vosotros intentasteis abordar y abordar verdaderamente el Sr. Sagasta, aunque con aquella timidez de quien teme caer en un desacato, la cuestión, a pesar de la intervención del Sr. Cánovas del Castillo.

El Sr. Sagasta recordó con poco acierto y poca fortuna las opiniones y juicios relativos a lo que es y lo que debe ser la monarquía, emitidos por Gladstone uno de los tratadistas políticos más ilustres de la época contemporánea en su famoso discurso de Manchester. En efecto, la monarquía constitucional no es una pura forma creada sólo con el objeto de entregar el poder a los hombres y partidos que en el país tienen mayoría y mientras la tengan y retirárselo, aceptando su dimisión, cuando dejen de tenerla.

Como el Rey es una institución permanente, mientras que los ministros cambian de cuando en cuando; como el monarca es permanente y los ministros sólo tienen una permanencia relativa, el monarca se ocupa constantemente, y mejor que los ministros, de tocar las palpitaciones del sentimiento y de la opinión desde más lejos; y como gobernar es prever, el monarca, puede, por medio de aquellas grandes previsiones de que nadie más que él sería capaz, evitar grandes conflictos.

Y como el Monarca está en contacto con el país; como es el símbolo de la nación; como en unos y otros reyes se vincula y perpetúa ese símbolo con la relativa eternidad de la historia; el rey siente lo que siente la nación; el rey se asocia a los lutos y a las alegrías de la nación; el rey, por lo que llama Gladstone la fuerza permanente activa y silenciosa de la Monarquía, trae a la nación grandes bienes y resuelve grandes dificultades. La acción permanente, activa y silenciosa de la reina Victoria, impidió la guerra cuando los matrimonios españoles, é impidió también que se hiciesen éstos en los términos a que aspiraba Luis Felipe, como esa reina Victoria obtuvo por su acción silenciosa que quedase aislada Rusia, cuando más peligrosas amenazaban a Europa por la guerra de Crimea, como el glorioso D. Alfonso XII impidió por su acción personal el conflicto y quien sabe si la guerra con Alemania; como D. Alfonso XII en hechos extraordinarios, en públicas aficciones y calamidades; inspirándose sin duda en el heroísmo de aquél monarca de Aragón, que por visitar y asistir a los enfermos en los hospitales murió de la fiebre amarilla, sabiendo que con él no había de morir, antes tomaba más fuerza la Monarquía, como el rey D. Alfonso XII heroicamente escapado de su Gobierno fué a visitar los coléricos en Aranjuez; como fué después a compartir las penalidades de la provincia de Granada cuando los terremotos; así se muestra el rey en todas partes donde conviene a su pueblo; y aun en la pura esfera del arte y de la industria, que son explosiones de sentimiento nacional, allí va el rey, que encarna ese sentimiento, como fué la Reina Regente a inaugurar la exposición de Barcelona, y como ha enviado a uno de sus grandes para

coronar en Granada al primer poeta español de nuestro siglo.

Eso es la monarquía. Pero, ¿qué tiene esto que ver con los errores, con las herejías constitucionales que quizás iba a proferir y que profirió realmente el señor presidente del Consejo de ministros, y que vendrían a demostrar que podía haber un sólo momento en la vida en que deja de estar cubierta por la responsabilidad de los ministros la responsabilidad regia? Glorias, sí; actos de alabanza, sí; bendiciones, sí; pero responsabilidades, no puede tener ni tiene nunca la monarquía. Las responsabilidades son de ese Gobierno; la responsabilidad de la monarquía, hoy, es de ese Gobierno; de ese Gobierno es la responsabilidad del decreto declarando terminada la legislatura, porque la Reina usó de su prerrogativa regia, y no hay más que aclamarla con ese motivo como con todos.

Pero del uso que habéis aconsejado a la Reina que hiciese de su regia prerrogativa, del acto de gobierno, de ese respondeis vosotros, y de ese me quiero ocupar con toda la libertad que me dá el derecho de diputado.

Es un acto constitucional, como decía el señor Sagasta en su modesta filosofía de buen sentido, que si no la hubiera inventado Reeng, un autor escocés, hubiera podido inventarla, aunque para su uso particular, el Sr. Sagasta? Es un acto constitucional de la regia prerrogativa el derecho dando por terminada la legislatura? Esa es la letra, señores diputados. Pero ¿cuál es el contenido? ¿cuál es el significado? ¿y cuál es la intención? ¿cuál es el objeto? ¿cuáles son, por tanto, las consecuencias? ¡Ah! también lo habéis confesado: también ha dicho el Sr. Sagasta que en amor a la paz, y para quedar victoriosos, él, sus ministros y su mayoría, aconsejó la terminación de la legislatura. Porque ya se ve, no habiendo prevalecido ninguno de los otros medios, ¿para qué quería el Sr. Sagasta la regia prerrogativa? ¿De qué le había de servir, si no es para esto, la confianza generosa de la Corona?

Lo que significa ese decreto es la cesantía del presidente del Congreso y por tanto la invasión del poder real en el poder parlamentario; porque si el presidente del Congreso pudiera directa o indirectamente, ser declarado cesante por el rey, podría nombrar al presidente del Congreso; y así como tiene por la Constitución la facultad de nombrar el presidente del Senado, así por la Constitución no tiene la facultad de nombrar, ni por tanto, la de separar el presidente al Congreso; que el presidente del Congreso le elige el Congreso y el Congreso lo separa o lo destituye o censura por un medio expreso o por un medio tácito, por un medio directo o por un medio indirecto, pues el Congreso, en uso de su derecho, nombra y separa a su presidente.

Pero vosotros habéis tenido la imprudencia de que, por primera vez en España, durante esta monarquía, durante esta minoría, durante esta Regencia, cuando está en vuestras manos la confianza de una augusta señora y los destinos y el porvenir de un niño, tan estrechamente unidos con el porvenir y los destinos de la nación española, vosotros hacéis tal uso de la confianza de la Corona y vosotros hacéis firmar a S. M. la reina regente la destitución del presidente del Congreso, la invasión, ¡entendadlo bien! la invasión del poder real en las facultades y privilegios del Congreso; y cuando vosotros, representantes del poder real, habéis faltado al respeto debido a la autoridad del Congreso acordando un motín y acaudillándolo vosotros, habéis hecho firmar a la reina regente que todo eso está bien, que, en efecto, están en las funciones de los representantes del poder real afrontar al poder parlamentario; que un ministro que se pone a la cabeza de un motín parlamentario es un ministro que cumple todos los deberes que tiene como representante del poder real y que todo el remedio que tienen esas cosas es despedir al presidente afrontado, que representa la afrenta recibida por el Congreso.

Eso, eso es el Decreto de terminación de la legislatura. (Muy bien, en las minorías).

¿Qué desconocimiento es ese de lo que significa el poder real y de lo que significa el poder parlamentario? Y ¿qué temore patriótico no deben asaltar a todos, considerando que quien tiene noción tan equivocada de las cosas, así como hoy la aplica con relación al Parlamento, puede aplicarla mañana con relación al Poder real?

Todo esto procede de que el Sr. Sagasta está inspirado en un peligroso naturalismo. Yo no sé si lo pacta en el límite natural y aun si lo conoce; pero por lo menos sé que puede ser apóstol de esa escuela en materia política y sobre todo en materia gubernamental, porque como S. S. tiene una total ausencia de ideales y una total ausencia de realidades, le falta todo lo que debe inspirar el sentido y la conducta de todos los gobiernos; tiene 226 votos y se va con ellos a pedir la confianza de la regia prerrogativa, y la obtiene; tiene 237 votos y con esos 237 votos dice que cuenta ¡claro está! que ha de contar con la confianza de las Cortes, ó al menos con la apariencia de la confianza de las Cortes, porque todas estas son formas.

El lo tiene todo; él ha resuelto ya el problema de montar la máquina parlamentaria con extraordinaria sencillez; ¡que digo montar la máquina parlamentaria! S. S. es toda la máquina parlamentaria porque tiene 237 votos a su favor.

¿Qué espera? ¿qué anhela el señor presidente del Consejo de ministros?

«Arroyo ¿en qué ha de parar tanto anhelar y subir?»

«Tu por ser Guadalquivir, Guadalquivir por ser mar!»

¿Se ha figurado porque tiene las apariencias de las cosas que tiene la realidad de las cosas? ¿Hay peligro mayor que vivir en esa creencia y proceder en el Gobierno en consonancia con ella? Porque como S. S. no tiene idea de que la dignidad del cargo de presidente sea algo digno de superior respeto, allá cuando el presidente le haya seguido cuatro años y una vez se le rebela, le dice: «Presidente, vete; porque yo te puse ahí con mis diputados.» Y el presidente no se va, y se vuelve a la mayoría y le dice: «Echarle de ahí» que yo os sacaré diputados con mis gobernadores.

Así, con esta ausencia de la realidad y de todo respeto, con este falseamiento, con este

desconocimiento, con este menosprecio del régimen; ¿dónde cree S. S. que van a parar los destinos y los intereses del régimen monárquico representativo?

Se extraña después S. S. de que se hable de peligros, y dice que no sabe donde pueden existir. S. S. tiene para eso su policía, para conocer esos peligros, ó para ignorarlos; me temo más bien para ignorarlos. Yo no tengo que revelar a S. S. más peligros que el que hay en S. S. mismo. En S. S. encarna el desconocimiento de todo lo que hay que conocer, de todo lo que hay que respetar, de todo lo que hay que estimar y atender, porque S. S. toma las formalidades por las esencias. ¡Ya salieron las esencias! dirá el señor presidente del Consejo. ¿Qué le tenemos que hacer! Yo hablo de aquello que considero de mayor importancia; S. S. no habla de eso porque no le ha dado jamás, ni le ha dado ahora importancia ninguna; y así ¿cómo ha de ver los peligros? Así, que S. S. cuando oye hablar de peligros, dice que le molesta, y además, dice luego, que se molesta en otra parte, que se molesta alguien que no se puede molestar de nada, que todo lo observa y lo ve con suma imparcialidad, que es un poder moderador y no un poder procurador; que es un símbolo de paz y no es una antorcha de guerra.

Pero señores Diputados ¿no ha de haber esos peligros? El mal del señor Sagasta consiste y muchas veces lo he dicho en este mismo discurso; en que no atiende para nada a la realidad, en que no se entera de la necesaria relación que tienen unas cosas con otras.

Las ideas, los principios obran en el seno de la sociedad según se entienden y según se toman. La vida de la sociedad depende del respeto a la ley y el respeto a la ley se funda en la observancia de la disciplina. ¿Qué disciplina ha encargado a alguno de sus diputados el señor Presidente del Consejo de Ministros? ¿Qué disciplina ha tenido él con el poder parlamentario? ¿Qué respeto ha tenido él al poder parlamentario? ¿No ha sido él el provocador de la indisciplina? Pues sino se respeta aquí el principio de disciplina ¿no teme S. S. que llegue el momento, que esté llegando quizás el momento de que no se respete tal vez en los curules? (Rumores). En los curules ¿Cree S. S. que tiene más deber de respetar la disciplina el capitán de una compañía ó el coronel de un regimiento que el Presidente del Consejo de Ministros? Cree que deben perderse los malos ejemplos de S. S. en orden a la disciplina? ¿Cree S. S. en su inepticia? Sino han de servir de nada para que los da... (Rumores.) (Varios señores diputados de la mayoría; silencio. Otros señores diputados de la minoría, orden, orden.)

De consiguiente, sólo, entre otras cosas, la indisciplina, y la indisciplina no puede gobernar. No pueden sentarse en ese banco, sin peligro de la nación y del trono, los representantes de la indisciplina. Luego decía yo: pues podemos temer que el señor presidente del Consejo de ministros aplique sus errores y sus obscuridades de concepto a la Corona, así como los ha aplicado al Parlamento; ¿qué podemos temer, si ya lo hemos visto!

El señor presidente del Consejo de ministros, requerido por el Sr. Romero Robledo, acaba de confesar que, en efecto, ha pronunciado unas palabras que dos días seguidos ha puesto *El Liberal* con letras muy gordas y ha venido a reconocer, mal que le pese, que esas palabras podían entenderse, si bien relacionándolas con supuestas amenazas, como procedentes de aquella augusta persona, que, como sólo ha de tomarse en labios para la alabanza, yo no quiero alabarla, ya que, aunque la alabe, no puedo impedir que el señor presidente del Consejo de ministros la haya ofendido.

Hay en esas palabras un delito de lesa majestad, que es una especie de delito genérico de injuria y calumnia. Aquello que ha explicado el Sr. Romero Robledo, aquello que dirigido a un particular, según la calidad de las palabras ó de los actos, es un delito de injuria ó de calumnia, y es un delito privado que tiene cierta penalidad, se transforma de delito privado en delito público, y cuando se dirige a la Corona, es un delito de lesa majestad, constituido por la injuria y por la calumnia.

Pues bien, como hay injuria y calumnia expresa y manifiesta es injuria y calumnia tácita y encubierta y equívoca y como que de ambas maneras se puede expresar y se puede cometer ese delito, yo digo al señor presidente del Gobierno, que eso es una injuria y eso es una calumnia contra S. M. la Reina Regente, porque aparece provocando al delito de rebelión, es, respecto de un particular, una calumnia y atribuir eso a S. M. la Reina es un delito de lesa Majestad. ¿Lo ha dicho *El Liberal*? El reo de ese delito es *El Liberal*. ¿Lo ha dicho el señor presidente del Consejo? El reo de ese delito es el señor presidente del Consejo de ministros; y cuando no se le declare reo, que ya sé yo que no se le había de declarar, el autor de la falta de consideración, de la falta de respeto, del olvido de todas las conveniencias debidas a la majestad del Trono, ese sería el señor Sagasta, ese sería el señor Presidente del Consejo de ministros. Hay un medio que ha propuesto el Sr. Romero Robledo, que ha indicado el Sr. Cánovas del Castillo.

La Reina está injuriada y calumniada; calumniada, por de pronto, por un periódico; denunciada ese periódico, llevadle ante los tribunales de justicia para que se depure la existencia y la responsabilidad del delito.

¿No quiere el señor presidente del Consejo de ministros?

¿Pues no sabe el señor presidente del Consejo de ministros que *El Liberal*, tratándose de un delito de esa especie, tiene acción para probar la verdad de sus imputaciones? ¿No sabe el Sr. Sagasta que ya que no se diga que obra de esa manera por no perder los favores de un periódico tan importante y popular, puede dar motivo a que se suponga que obra de esa suerte por temor a su propia responsabilidad?

¿Cree que el fiscal de S. M. cumple con su deber y no habrá visto delito cuando no lo denunció? Pues faltó a su deber el fiscal de Su Majestad. El gobierno no puede cubrirse con las deficiencias del ministerio fiscal; el gobierno está ahí para responder al Parlamento. Yo le digo a S. S. una cosa, no se puede dejar desamparada é indefensa a la Corona; el señor Sagasta no dejaría desamparado el honor de

una persona de su familia; el señor presidente del Consejo de ministros no puede dejar desamparado el honor de la Reyna, y el honor de la Reina está ultrajado (rumores).

El Sr. Martos: Id al tribunal; depurad los hechos, y si no vais al tribunal ¡ah! entonces, como no es posible que quede desamparada, indefensa é injuriada la Reina Regente y como el gobierno no cumple con su deber, será preciso apelar para conseguirlo a otros medios que hay en nuestras leyes procesales.

Allá, la prensa asociada, con motivo de un proceso célebre, entabló la acción popular, con buena ó con mala fortuna (rumores). Cuando me lo permitáis, seguiré defendiendo a la monarquía (pausa). La acción popular bien ejercitada, justamente ejercitada y legítimamente ejercitada, digan lo que quieran sus censores, y cualquiera que haya sido el éxito de su gestión, porque no hay nada que levante tanto a los hombres en las sociedades políticas como el sentimiento de la justicia, y este sentimiento ha de llevarlos a tomar participación en el modo como se administra la justicia y cuando viene un proceso célebre y cuando hay la desdicha de que en los primeros movimientos de la justicia se cometan considerables errores, es natural que la opinión pública se preocupe, el sentimiento de la justicia se exalte y la prensa, que representa estos sentimientos, organice y ejecute la acción popular, que para algo se ha establecido.

Pues bien; ó ese gobierno cumple con su deber ó nosotros ejercitaremos la acción popular en defensa del Trono.

Acabo de hablar, acabad vosotros de gobernar, os lo ruego.

No podéis seguir en esta tensión con el Parlamento; no podéis seguir en este estado de relaciones con la Corona. ¿Qué necesidad hay? La primera, que haya ahí un gobierno que sepa lo que es el poder real y que sepa qué es el Parlamento. Yo no creo que le convenga serlo todavía en estos momentos al partido conservador.

Poco va a durar vuestra alegría.

Lo que debe suceder es todo menos que continúe ese Gobierno, por todo lo que brota de este debate, por las necesidades públicas, por la salvación del orden, por el arraigo de todos los intereses políticos y sociales.

Yo no voy a defender ni a combatir la idea de un tercer partido, si bien digo, sin andar viajando por otras partes, porque es tarde y ya os he molestado demasiado, que eso es esencialmente circunstancial, que los partidos son encarnación y representación de ideas y de intereses, y que hay momentos, muchos momentos en la vida de un país, en que se produce de una manera natural y lógica, como expresión de una necesidad, la formación y aparición de un tercer partido. Esto, en último resultado, nos podrá importar poco a nosotros, según con extraordinario gracejo y con bastante verdad me decía el Sr. Romero Robledo, porque en definitiva, nosotros no aspiramos a ser el tercer partido, sino el segundo ó el primero; el tercero lo seréis vosotros, porque el segundo ya lo habéis sido, y lo habéis hecho bastante mal.

Pero si tomar las ideas y los conceptos para aplicarlos a los hechos y compenetrarlos con ellas, ¿no basta, señores, para justificar la existencia de la realidad y los beneficios de un tercer partido, no basta el recuerdo de la unión liberal, en cuyo tiempo hubo calma y bienestar, se realizaron grandes ideas y alcanzó el Tesoro una situación desahogada y próspera? (Rumores).

Preguntádselo al señor ministro de Estado y al señor presidente del Congreso; preguntádselo aunque en esfera mas humilde entonces, al Sr. Gamazo; preguntádselo a muchos hombres de esa mayoría y entre ellos al señor Navarro Rodrigo, a otros que si ¡pudieran y debieran tomar en consideración vuestros rumores y vuestras protestas se levantarían a defender el Gobierno pacífico, prudente y glorioso; glorioso, porque en poco tiempo estableció la paz en el interior y llevó nuestra bandera al África, siendo aquella la primera vez que después de muchos años se la había visto ondear fuera de España, siendo aquella la primera vez que después de largos periodos de postulación salió la política española de los cauces miserables y ordinarios por donde la llevara nuestra antigua discusión.

Por ahora no hay ninguna unión liberal, ni hay necesidad de tanto, ni necesidad de programas. ¿Queréis que sois vosotros los únicos liberales? Sé que el Sr. Sagasta tiene, como jefe liberal, una gran autoridad; pero esa autoridad puede tenerla poco más ó menos otro.

Lo que tiene el Sr. Sagasta y no tiene otro, es masas, mayoría, son diputados; y francamente señores, ¿queréis que tenerlos también, sea para otro una obra tan difícil? Aquí el señor Gamazo ha dicho que está conforme en todas las soluciones políticas del partido liberal, por consiguiente está conforme conmigo, porque yo estoy conforme a mi vez con sus soluciones económicas. Y con estas soluciones políticas y económicas está conforme el señor general López Domínguez, está conforme el señor Cassola, está conforme mi amigo elocuente, mi incomparable amigo el Sr. Romero Robledo. ... (Risas) No sé a qué vienen esas protestas.

Oros hombres hay como nosotros conformes en aquello en que vosotros no lo estáis, y con más autoridad que vosotros para representarlo, como el duque de Tetuán, y en caso preciso, quizás también el general Martínez Campos; pero aun sin eso con eso, somos en la esfera de las ideas, de la autoridad de los recursos y de los medios, algo que tiene tanta fuerza como vosotros, algo que con algunos de vosotros, con aquellos que quieran concurrir a una obra grande, buena, tendrá más fuerza que vosotros, porque podrá realizar algo que dando tiempo har a fácil la prosecución del turno pacífico en el gobierno de los partidos políticos porque podrá hacer lo que aquí es preciso, el aljamento de los facciosos anticipados que amenazan para lo futuro a la Reina, si no les deja eternizarse en el poder (rumores). Y para esto, os lo repito, es necesario un ministerio intermedio, que virá si quiere el Sr. Sagasta y sin él, no virá; pero suya será la responsabilidad de que no viva un ministerio que realice estas dos cosas: las economías y la nivelación del presupuesto con la

debida y justa distribución de los tributos y el sufragio universal. He dicho.

Rectificación.

Nada más sencillo, señores diputados. Yo tampoco recuerdo haber tenido que dar nunca explicaciones respecto de mis palabras. (Varios señores diputados de la mayoría: No se oye.)

No es extraño, porque estoy ronco y estoy haciendo gran esfuerzo para hablar. Yo tampoco, señores, he tenido nunca necesidad de explicar ninguna de mis palabras, y jamás por nadie se me han pedido explicaciones; y dicho se está que si el señor ministro de Estado hubiera creído que algunas de mis palabras de estos días merecían explicarse, no hubiera esperado para hacerlo hasta este momento.

Precisamente, señores, hablé de deficiencias políticas; esto ya se entiende sin ninguna clase de explicación; hablé de deficiencias intelectuales y esto también se entiende; será más ó menos duro, más ó menos justo, pero es claro; y hablé de deficiencias morales, porque precisamente habíamos discutido y estábamos discutiendo acerca de la oscuridad que el señor presidente del Gobierno podía tener para apreciar los actos ajenos y para apreciar el valor de sus propias palabras, y estas son deficiencias morales.

Están muy lejos de parecerse ni con mucho a señor marqués de la Vega de Armijo, a las palabras que S. S. empleó a propósito de la Traslántica. Es verdad que en aquella circunstancia yo hablé a solas con S. S. y S. S. conmigo, pero yo no pude tener con S. S. otros oficios que ejercer que el de calmarle y decir a S. S. que mejor camino era el de esperar y el de no impacientarse que el de promover disidencias iniciadas.

Ahora parece que el disidente soy yo; yo no lo soy.

Yo soy una persona de quien se ha hecho un disidente por fuerza, pero S. S. entonces empezaba a ser un discrepante voluntario.

Por lo demás, entonces S. S. y yo nos lamentamos uno con otro de faltas que encontrábamos en la dirección de la política, que a su señoría no le parecía entonces bien. El señor marqués de la Vega de Armijo no tiene motivo para extrañar que yo ahora haga duras calificaciones de la política, que se ha extraviado, no por lo que hayan hecho conmigo, sino por las razones que he expuesto, que se ha extraviado de poco acá cuando el señor marqués de la Vega de Armijo hacía también calificaciones de la conducta del gobierno y del partido días antes de intervenir S. S. en la dirección de esa política, merced tal vez, aunque haya sido poco, y perdónese S. S. que yo me aplauda de ello, a mis buenos oficios, y luego, como es natural, le ha parecido perfectamente bien a S. S. la política del Gobierno.

Me recuerdan que el señor marqués de la Vega de Armijo, no sólo habló de la Traslántica, sino que también se abstuvo en la votación. Lo que sucedió fué que el Sr. Sagasta no tuvo con el señor marqués de la Vega de Armijo el mismo ímpetu que ha tenido conmigo. Lo que pudo hacer S. S., no he podido hacerlo yo. Enhorabuena; por eso soy yo en los bancos de la oposición y S. S. en el banco del ministerio.

BOLSA

COTIZACIÓN OFICIAL DEL DÍA 5 DE JULIO

FONDOS PÚBLICOS	ULTIMO precio.	MOVIMIENTO	
		Alza	Baja
Denda al 4 por 100 int.....	75,75	»	»
Idem id. pequeños.....	76,75	»	»
Idem id. fin corriente.....	75,20	»	»
Idem id. fin próximo.....	00,00	»	»
Idem al 4 por 100 exterior.....	77,65	»	»
Idem id. pequeños.....	77,80	»	»
Idem id. amortizable.....	89,45	»	»
Idem id. pequeños.....	89,55	»	»
Billetes de Cuba 1886.....	105,60	»	»
Idem id. 1886.....	00,00	»	»
Obligaciones municipales.....	00,00	»	»
Idem Banco Hipotecario.....	0,00	»	»
Cédulas hipot. al 5 por 100.....	000,60	»	»
Idem id al 4 por 100.....	97,00	»	»
Acciones Banco de España.....	407,00	»	»
Compañía de Tabacos.....	108,00	»	»
CAMBIOS.			
Londres a 90 días vista L.....	0,00	»	»
París a 8 días vista.....	0,00	»	»
Berlin a 8 días vista.....	0,00	»	»

Bolsin de anoche.

MADRID.—Contado, 00'00.—4^{ta} de mes, 75 75.—Próximo, 00'00.—Cable, 77 60.
BARCELONA.—Interior, 75 75.
PARÍS.—75 21.
LONDRES.—75 25.

Espectáculos para hoy

PRINCIPE ALFONSO.—A las 9.—D. Jaime el Conquistador. La gran vía.—Cádiz.—Segundo acto.

FELIPE.—A las 9.—El año pasado por agua.—A las 10.—El gorro frigio.—A las 10 y 3/4.—Colegio de señoritas.—A las 11 y 1/2.—El año pasado por agua.

MARAVILLAS.—A las 9.—Con permiso del marido.—Paca la Pantalónera.—Los Isidros.—A ti suspiramos.

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—A las 9.—Ernani.

CIRCO DE PRICE.—A las 9.—Gran faxhionable soirée de moda.—Variado espectáculo de ejercicios equestres, gimnásticos, cómicos y acrobáticos.—Entrada general, 50 céntimos.

Imp. de LA UNICIDAD, Valenzuela, 6.